héroes del ESPACIO

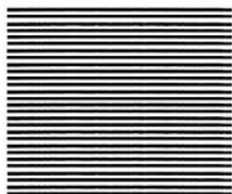
NOVELAS ECSA

TRAMPA ESPACIAL

ERIC SORENSSEN



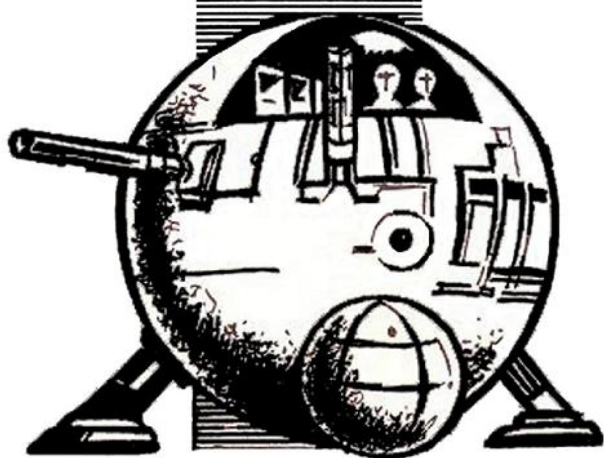
SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO





ECSA

ERIC SORENSSEN

TRAMPA ESPACIAL

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 77
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 27.420 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: octubre 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

72— El síndrome de Thanatos - ***Elliot Dooley.***

73— Miedo al supercrack - ***Ralph Barby.***

74—El secuestro del «Columbia» - ***Rocco Sarto.***

75— Mutación critica - ***Law Space.***

76— Alerta roja - ***Elliot Dooley.***

CAPITULO PRIMERO

LAS NAVES DESAPARECEN

Amo, el robot, llegaba con los combinados, cuando la siempre preocupada cara de Kolker, el Número Uno, apareció en la pantalla del totalvisor. Aún a sabiendas de que el otro le estaba mirando, Deni no pudo —o no quiso— ocultar un gesto de fastidio.

—Lo siento, Deni, pero el servicio está por encima de todo —dijo la cara de la pantalla, pero mirando a la sensual Laba, y no a Deni.

—¿No tengo tiempo para...? —dijo éste, con un ademán que tanto abarcaba las maravillosas curvas de la muchacha, como los combinados.

—Esquema total, Deni —volvió a decir la cara de la pantalla, con tono monocorde de hombre cuyas órdenes *siempre* se cumplen.

«Esquema Total», no había escape de eso. Deni hizo que su brazo izquierdo abandonara la estratégica posición que alcanzara en el pecho de Laba y comenzó a incorporarse.

—Estoy yendo —dijo a la cara.

No hubo respuesta, porque la pantalla estaba nuevamente oscura. Kolker valoraba su tiempo hasta en milésimas de segundo.

—Lo siento, pequeña —dijo el anfitrión a la frustrada huésped.

—¡Más lo siento yo, «pequeño»! —contestó ella, mientras se levantaba, arreglándose la ropa. Laba no era, precisamente, un dechado de educación y cultura, pero ninguno de sus múltiples amigos masculinos sentía esas faltas.

«¡Jiiii!», fue la expresión que utilizó Arno para expresar su fastidio, ante la perspectiva de tener que echar los tan cuidadosamente preparados combinados por el fregadero.

* * *

—¿Se trata de las naves desaparecidas, verdad?

—Sí, Deni. ¿Cómo lo ha adivinado?

Estaban en la pequeña pero bien provista sala de juntas de Kolker. Deni acababa de entrar, aún no había reparado en que no estaban solos.

—Sólo algo tan grave como eso puede justificar un «Esquema Total».

—Un lógico razonamiento, Deni. Le felicito por él .—Kolker, demás está decirlo, carecía en absoluto de sentido del humor—. Y ahora —hizo un gesto indicando a sus otros invitados— le presentaré a estos caballeros...

Eran cinco, todos luciendo el uniforme de las Fuerzas Terrestres Intergalácticas.

—El Teniente Bortuk... Sargento Alon... Los Especialistas Trilio, Lonk y Elben... —«Kolker no olvidaría el nombre del último guijarro espacial», pensaba Deni, mientras recibía y contestaba saludos—. Señores —concluyó el Número Uno la presentación—, éste es el Capitán Deni, vuestro jefe.

Todos se sentaron en los cómodos sillones de alto respaldo, que enfrentaban a la gran pantalla.

—La primera desaparición ocurrió el 25 de febrero de 2043, es decir, hace once meses. Se trataba de la expedición científica del profesor Orel, a quien acompañaban otros ocho investigadores, más la tripulación y algunos miembros de su familia. Diecinueve personas, en total. No volvimos a saber absolutamente nada de ellos... ni de la nave, por supuesto.

La pantalla, activada por una mano o mecanismo invisibles, mostraba una gran nave, del tipo Galaxia-34, las de mayor envergadura en uso. El ingenio se desplazaba con absoluta normalidad en la oscuridad espacial. Después la imagen mostró diversas escenas en el interior, con científicos manipulando artefactos extraños y tripulantes vigilando terminales de ordenador.

—Ahora... —dijo de pronto Kolker.

Uno de los tripulantes, de pie, adelantaba una mano para tomar algo, de improvisto, pareció que iba a caer hacia adelante —en dirección a la proa de la nave— y entonces desapareció de la imagen. El negro fue total en la pantalla y las luces se encendieron.

—Y eso es todo —concluyó el Número Uno, agregando—: Podemos mostrar imágenes de las otras naves desaparecidas, pero en esas menos aún veremos...

—¿Menos aún? —inquirió Deni.

—Me refiero a esa aparente aceleración brusca que acabamos de ver y que no se detecta en las otras.

El Número Uno oprimió los mandos correspondientes y los sillones giraron hasta enfrentarse, dejando entre ellos el espacio suficiente para que una angosta y larga mesa emergiera del piso. El sillón del jefe, como no podía ser menos, quedó en la cabecera de ella.

—La aceleración brusca podría ser consecuencia de alguna atracción electromagnética... —apuntó Deni.

Kolker lo miró con impaciencia.

—Esa fue la primera posibilidad que consideramos, por supuesto —contestó, recalcando el «por supuesto»—. Pero —agregó, ahora con voz triunfante—: un insoluble problema se nos presenta para aceptar ese supuesto: en esa zona de la Galaxia de las Brumas no hay signos de actividad magnética de ningún tipo.

—Tal vez no natural —terció Bortuk, el teniente—, pero puede ser de tipo provocado...

—Para que eso ocurriera, se necesitarían seres vivos e inteligentes que la produjeran —se apresuró Kolker—. No hay seres vivos en toda la Galaxia —concluyó.

Los otros permanecieron unos instantes en silencio, después dijo Deni:

—Las naves desaparecidas son cinco en total,- ¿verdad?

—En efecto; cinco, incluyendo la primera, la del profesor Oral. Sesenta y nueve personas y cinco naves desaparecidas sin dejar rastros... Y al decir eso expreso una realidad concreta, ya que nuestros ER no han podido encontrar absolutamente nada.

Al decir ER se refería, claro está, a los Equipos de Rastreo, comúnmente llamados los «basureros del espacio», que constantemente recorrían las galaxias transitadas, en busca de restos de antiguos satélites o naves accidentadas.

Había una pregunta obvia, pero que había que hacer. Deni se encargó de ella.

—¿Todas las desapariciones en la misma zona? —parecía más una afirmación que una pregunta.

El Número Uno afirmó con la cabeza, mientras oprimía otro de sus inacabables botones. Los respaldos de los sillones se reclinaron y el techo se convirtió en un planetario. Una galaxia algo difuminada apareció ante la vista de los presentes.

—La Galaxia de las Brumas —anunció Kolker.

Después, con nuevos mandos, delimitó un pequeño cuadrado formado por cuatro líneas luminosas.

—Allí se han producido las desapariciones —informó.

—¿Extensión del área? —era Deni.

—Mil kilómetros de lado.

—Una extensión ridículamente pequeña...

—En efecto.

—¿Hay algún elemento sólido en ella?

—Sí, un planetoide, al que hemos denominado p minúscula 543.

Deni recordó para sí mismo que las pes mayúsculas estaban reservadas para los planetas y después preguntó:

—¿El p-543 está absolutamente deshabitado?

Desapareció el planetario y los respaldos volvieron a verticalizarse, las luces se encendieron y con ellas pudieron verse los fulgurantes ojos del Número Uno.

—Ya les he dicho que *toda* la Galaxia está deshabitada —casi gritó.

No hubo más preguntas, tuvo que ser él mismo quien rompiera el silencio.

—Deni, usted y su tripulación partirán mañana mismo para el área en cuestión.

—De acuerdo, señor.

El Número Uno se irguió en su más de metro ochenta de estatura y después comenzó a revolverse en el asiento. Era evidente que sentía la obligación de decir algo más, pero que no le hacía gracia el decirlo. Por fin, se decidió.

—He seleccionado personalmente esta tripulación y a su jefe. Todos son... er... *creo* al menos, que todos son los mejores en sus respectivas especialidades...

Los inesperados elogios sorprendieron a Deni hasta el punto de decidirle a prolongar la diversión.

—En nombre de mi tripulación y en el mío propio —comenzó, con voz engolada—, quiero agradecerle, señor, los elogios...

Tal como imaginara —y deseara— el estallido de Kolder no se hizo esperar.

—¡Acabe con sus estupideces! —bramó—. ¡Sabe muy bien que lo más probable es que también ustedes desaparezcan! ¡No es momento para agradecimientos!

Deni pensó que, dadas las circunstancias, más parecía ser momento para insultos pero, riendo para sus adentros, permaneció en silencio.

Cuando consiguió calmarse, el Número Uno dijo:

—Hay algo más… No sé si tendrá importancia… Una voz…

—¿Una *voz*, señor? —Deni preguntaba con demasiado respetuoso tono.

—Sí, una voz… Una voz… Alker, el encargado de las comunicaciones en la nave del comandante Beler, tercera de las desaparecidas, dijo algo… Algo que en la grabación sonaba como «voz», en fin, ustedes mismos la escucharán.

Un invisible equipo, tras los imprescindibles ruidos de estática, hizo oír la voz de un hombre relatando con monotonía la rutina de vuelo. Nada destacable, hasta que, de pronto, la voz se cortaba abruptamente, después un silencio de casi un minuto y, finalmente, algo que sonaba como «la voz…».

—Bien, ya lo han oído ustedes —dijo Kolker, una vez cortada la transmisión.

La cosa hubiera terminado allí, pero Deni gustaba de discutir con Kolker. Y, especialmente, sacarlo de sus casillas.

—Puede que el radio operador dijera «la voz», señor… pero también puede que dijera «el vacío» (1), lo que nos llevaría a pensar en un accidente, algo así como una caída vertical e imparable…

(1) Juego de palabras en el original inglés: Voz (Voice) y vacío (void) tienen pronunciaciones muy parecidas. El artículo, como se sabe, es único en inglés (the). (N del T).

La objeción no alcanzó a sacar de sus casillas al Número Uno, pero le fastidió bastante.

—Sí, en efecto… Podría ser «el vacío». En fin, muy pronto ustedes saldrán de dudas.

Era su venganza. Venía a decir: «Muy pronto estarás lanzando tus pullas a la Galaxia de las Brumas», lo

que era más o menos equivalente a sugerir un problemático regreso a la Tierra. Deni pensó fugazmente en las curvas de Laba y por un instante fue presa de la autocompasión.

Pero de inmediato su espíritu aventurero primó sobre el sexo. La

Galaxia de las Brumas... Nunca había estado en ella y la cosa prometía ser interesante.

—¿Qué nave nos ha asignado, señor?

Kolder pareció satisfecho. Las coordenadas volvían a la normalidad. Era evidente que el Número Uno temía tanto como admiraba a su distinguido subordinado. La cosa tenía su explicación en la diferencia de edades: él tenía 53 años, en tanto que Deni, sólo 30.

Esos veintitrés años eran siglos de diferencia. Kolder se había formado en la época heroica de los viajes espaciales, en tanto Deni había recogido la experiencia —y los errores— de sus antecesores, y había llegado al espacio cuando viajar por él era tan sencillo como antes lo fuera volar de Roma a París.

—... duración total —estaba diciendo el jefe y Deni se obligó a escuchar—. Por lo tanto, creo que un Galaxia-27 sería la nave ideal.

«El viejo zorro piensa tenernos *meses* dando vueltas por las galaxias», sonrió para sus adentros el futuro comandante de la G-27. Pero tuvo que admitir que el otro acertaba en la elección. Se trataba de una nave de no mucho armamento, pero equipada para misiones de duración prácticamente indefinida, ya que su carga nuclear garantizaba años de funcionamiento autónomo. Por otra parte, podía accionar correctamente en las más adversas condiciones. Sí, era una buena elección, *dadas las circunstancias*...

—La distancia al objetivo es de 79.000.000 de kilómetros —estaba diciendo Kolder.

«Unos once días para llegar hasta él», pensó Deni.

El cálculo era fácil: la G-27 desarrollaba 300.000 kilómetros por hora, en vuelo normal.

—La nave estará dispuesta para partir mañana a la hora 08.00 —concluía Kolker—. ¿Alguna última pregunta? —nadie tenía nada que preguntar. Se incorporó—: En ese caso, les dejó para que ultimen detalles entre ustedes. Buena suerte y pronto regreso.

Cuando se quedaron solos, preguntó a su vez Deni:

—Aparte de las miles que todos tenemos, ¿alguna duda?

Todos negaron con la cabeza.

—¿Alguna chica? —volvió a preguntar el comandante. Y ahora sí logró asentimientos.

—Sí, señor, yo...

—En realidad, si fuera posible…
—Por ser la última noche…
Deni se puso de pie muy sonriente.
—A las 06.00, todos en el Punto de Reunión habitual. De momento… ¡buena suerte!
Él la tuvo, porque Laba estaba increíblemente desocupada.
Tras beber los combinados, Deni encerró a Arno en

CAPITULO II

HACIA LA GALAXIA DE LAS BRUMAS

Todo era agradable rutina a bordo de la G-27. No era difícil llevarse bien teniendo a Deni como comandante.

Por su parte, éste estaba satisfecho de su tripulación. Su segundo, el teniente Bortuk, tenía su misma edad, treinta años y era competente y decidido, a la vez que poseedor de un envidiable sentido del humor. El sargento Alon, haciendo honor a la tradición de su grado, no tenía sentido del humor en absoluto, pero compensaba esta carencia con un envidiable grado de profesionalidad. Era el hombre de los ingenios mecánicos, electrónicos o nucleares; todo lo conocía, lo entendía y, llegado el caso, lo sabía reparar.

En cuanto a los Especialistas, los tres eran muy jóvenes. Elben, el mayor, tenía veinticuatro años. Pero también estaban altamente cualificados, cada uno en lo suyo: Trilio en comunicaciones, Lonk en mantenimiento general y hasta... cocina y Elben en armamento. Aunque, claro está, los tres, como el resto de la tripulación conocían perfectamente el manejo de las armas que disponían.

Que no eran muchas ni muy poderosas, por cierto.

La nave estaba equipada con un pequeño cañón lanza misiles aire-aire y aire-tierra, más dos lanzalasers, uno a proa y otro a popa. El cañón tenía base giratoria, con 360° de movilidad;

En cuanto a las armas portátiles, dos lanzalasers manuales, y pistolas láser para todos.

No era mucho, pero ellos no iban a la guerra, sino a rescatar o, al menos, a averiguar qué había ocurrido con las cinco naves desaparecidas. No se esperaba ni siquiera se preveía lucha, en primer lugar porque no se esperaba encontrar a ningún ser viviente en toda la Galaxia de las Brumas.

—¿Qué haremos al llegar a nuestro destino? —Bortuk interrogaba a Deni. Los dos bebían café, cómodamente instalados en el comedor de la nave.

La pregunta era de difícil respuesta. El comandante ya se la había planteado muchas veces a sí mismo. Hizo un gesto entre evasivo e

impotente.

—Creo que lo mejor será decidir sobre el terreno...

Bortuk se echó a reír.

—Ya me imaginaba que la superioridad no tenía planes...

Deni le acompañó en la risa. Llevaban nueve días de vuelo y una verdadera amistad había surgido entre los dos. El comandante apreciaba el humor de su segundo, y éste la sensación de seguridad que su superior creaba entre sus subordinados. Por otra parte, conocía muy bien, como lo conocían todos los integrantes de las Fuerzas Terrestres Intergaláxicas y buena parte de la población de la Tierra, el increíble historial de Deni que, pese a sólo tener treinta años, parecía haber realizado más y más duros trabajos que los que el mítico Hércules hiciera en toda su promocionada vida.

—No, la superioridad no tiene planes —confirmó

Deni, siempre sonriente—, pero aguarda los de su inteligente segundo...

—Los «segundos» no piensan. Eso sólo pueden hacerlo los comandantes...

Los dos rieron y acabaron de beber el contenido de sus pocillos, después dijo Bortuk:

—Hablando en serio, Deni, ¿qué piensas de este asunto?

El otro repitió su gesto entre evasivo e impotente.

—No sé qué decir, Bortuk. Como todos sabemos, no hay información al respecto... Accidentes, desgraciadamente, ocurren de vez en cuando, éstos podrían ser accidentes... Claro que cinco en un año y en mil kilómetros cuadrados...

—Yo pienso en alguna fuerza de atracción...

—También yo, desde luego, ¿pero proveniente de dónde y con qué fin?

—No tengo respuestas ni para una ni para otra de las preguntas, pero creo que ésa es la única explicación más o menos lógica. A veces se producen fenómenos que no tienen explicación natural... Recuerda aquel famoso «Triángulo de las Bermudas», a finales del siglo veinte.

—El siglo veinte no puede compararse con el nuestro. En los últimos treinta o cuarenta años hemos adelantado siglos en materia de conocimiento de nuestro planeta y de todo el universo astral...

Tras unos instantes de silencio, preguntó Bortuk:

—¿Nunca se investigó en ese planetoide... cuyo nombre no recuerdo?

—El p-543. Después de la pérdida de las dos primeras naves, se envió una tercera con la misión de investigar el planetoide, en la creencia que de allí podría partir esa supuesta fuerza de atracción...

—Imagino el final...

—Sí, el final es el que imaginas: la nave se convirtió en la cuarta desaparecida; pero antes de que ello ocurriera, hubo un hecho muy curioso...

Bortuk interrogó a su superior con la mirada, al ver que éste callaba.

—No sé... —dudó Deni—. Parece imposible... pero el radio operador de aquella nave dijo que no podían encontrar el p-543...

—¿Que no podían *encontrarlo*...?

—Tal como suena. Lo que significa, dicho en otras palabras, que el planetoide no estaba donde debía estar.

El segundo estaba francamente sorprendido y hasta alarmado.

—¡Pero eso... eso es imposible!

Deni alzó los hombros, en gesto de impotencia.

—¿Por qué no nos lo dijo Kolker en la reunión?

—El dato figuraba en las instrucciones reservadas que me entregó. No sé porque no lo diría... Ya sabes como es el viejo... A lo mejor pensó que os rajaríais al saberlo.

Los dos rieron ante lo absurdo de tal posibilidad

* * *

Como oportunamente se le había ordenado que hiciera, el sargento Alon llegó muy excitado a la cabina de comando.

—Estamos a trescientos mil kilómetros del objetivo, señor —informó a Deni. ‘

Este, sentado tras el panel de mandos, ya estaba enterado de la circunstancia, pero igual agradeció el informe. Le gustaba que *todos* los hombres hicieran *todas* las cosas que tenían que hacer.

—Comienza la disminución progresiva de la velocidad —anunció, agregando para Bortuk, que estaba de pie a su lado—: Cuando lleguemos al borde proximal del objetivo estaremos en velocidad cero. Esto nos permitirá reconocerlo muy lentamente.

El otro asintió con la cabeza.

—¿Aparece el p-543 en la pantalla? —preguntó por el intercom a Trilio, encargado de la detección.

—Tengo tres planetas en imagen —informó el otro—. Son demasiado grandes para que alguno sea el p-543. Pero es que aún la distancia es muy grande...

—De acuerdo, infórmeme no bien le tenga.

—Entendido, señor.

—¿Todas las medidas de seguridad están tomadas? —preguntó Deni a Bortuk.

—Todas —informó éste.

—Entonces sólo nos queda esperar a que ocurra algo...

Un discreto aunque perceptible ramalazo de temor recorrió la espina dorsal del segundo. Ese «que algo ocurra» era muy probable que significara la desaparición total...

* * *

Había pasado una hora; por la gradual reducción de velocidad, aún se encontraban a unos sesenta mil kilómetros del fatídico cuadrado. Nada anormal había ocurrido, el instrumental y los reactores funcionaban perfectamente y las comunicaciones con la base terrestre eran tan fluidas y nítidas como de costumbre.

—Hay que pensar que las «cosas» ocurren dentro del perímetro de los mil kilómetros cuadrados y no en sus proximidades —comentó Deni a Bortuk.

—¿A qué distancia del borde proximal estamos ahora? —quiso saber éste.

El comandante consultó una de sus pantallas.

—Cuarenta y ocho mil setecientos treinta y cinco kilómetros —informó, agregando—: He estabilizado la velocidad en cien mil kilómetros a la hora.

—Lo que nos pone a cuarenta y tantos minutos del objetivo —concluyó Bortuk.

Deni volvió al intercom.

—Trilio... ¿Ha podido identificar al p-543?

—No, señor. Ahora tengo dos planetas en pantalla, ninguno de ellos el buscado.

—Pero eso es imposible... La distancia que nos separa de él es muy pequeña.

—En efecto, señor. El aparato garantiza visión total a cien mil kilómetros, pero... el p-543 sigue sin aparecer.

—De acuerdo, comunique el hecho a la base e infórmeme no bien aparezca el planetoide en pantalla —dijo Deni y cortó la comunicación.

* * *

—Estamos a sólo cinco mil kilómetros del borde proximal —informó el comandante a su segundo.

—Y el p-543 sigue sin aparecer en pantalla... —comentó éste.

—Reduzca velocidad hasta veinte mil kilómetros a la hora —ordenó Den» a Alon, por el intercom.

—Velocidad reducida a veinte mil kilómetros, señor.

—Trilio... ¿Nada todavía?

—Nada, señor.

* * *

—Estamos a mil kilómetros del borde proximal, señor.

—Bien, Alon. Reduzca velocidad a cuatro mil kilómetros.

Deni alzó la vista hasta su segundo, que estaba de pie y tenso a su lado.

—Prepárate, Bortuk. El baile está a punto de comenzar.

—Esto es...

Pero el segundo no pudo completar su pensamiento, porque la voz de Trilio apareció, muy excitada, en el intercom:

—Señor...

—Sí, Trilio, ¿apareció el p-543?

—No, señor, se trata de... otra cosa...

—Explíquese.

—La radio, señor. Nos llega una voz...

Por la mente de los jefes cruzó la misma idea: la voz —no «el vacío»— de que hablara el radio operador de la tercera misión.

—Adelante, Trilio, ¿qué dice esa voz?

—Aún no puedo descifrar sus palabras, señor, pero...

—¿Pero…?

—Es la voz de una mujer, señor.

Instintivamente, Deni miró a Bortuk, y éste le devolvió la mirada. ¿Una mujer hablando en el espacio?

—Conecte los parlantes de la sala de mandos y comunique de inmediato la novedad a la base.

—Sí, señor.

De inmediato la sala de comando se llenó de los sonidos estáticos de la galaxia, pero sobre ellos dominaba un murmullo repetido y como de sonsonete, cuyo significado no podía entenderse, pero que pertenecía, sin lugar a dudas, a la garganta de una mujer.

—Señor…

—Sí, Trilio, ¿logra entender las palabras?

—Aún no, señor, se trata de otra cosa…

—¿Sí?

—Estamos incomunicados con la base, señor.

Deni y Bortuk volvieron a mirarse. Esta vez había evidente aprensión en los dos pares de ojos. Las circunstancias que habían llevado a la desaparición a las otras naves se estaban repitiendo con precisión inexorable.

—¿Ha intentado el equipo de emergencia?

—Lo he intentado todo, señor. Estamos incomunicados con la Tierra.

—Entiendo. ¿Ha aparecido el p-543?

—Aún no, señor.

En ese instante, la voz de Alon terció en el diálogo.

—Estamos a cien kilómetros del borde proximal, señor —informó.

—Reduzca la velocidad a cuatrocientos kilómetros y siga reduciéndola, hasta llegar a cero al llegar al borde del objetivo.

La voz era un murmullo de intensidad creciente.

—Velocidad reducida, señor —dijo Alon.

En ese instante, la voz se hizo de repente fuerte y nítida.

—¡Venid, venid! —clamaba la voz—. ¡Salvad mi vida! ¡Soy un ser humano… como vosotros! ¡No me dejéis morir, venid, por favor…!

CAPITULO III

UNA VOZ EN EL ESPACIO

—¡Detenga la nave! —gritó Deni a Alon, por el intercom.

—Nave detenida, señor —contestó el sargento.

—¿Los motores funcionan normalmente? —preguntó.

—Sí, señor.

—Bien, Alon, esté listo para nuevas órdenes. Entre tanto, que Lonk se haga cargo del cañón y Elben del mando de las ametralladoras.

—Sí, señor.

Deni desconectó el intercom y se volvió hacia su segundo, mientras la voz seguía rogando: «Venid, venid, por favor… no me dejéis morir!»

—Bien, Bortuk, ha llegado el momento de evaluar la situación.

El otro asintió con la cabeza.

—Analicemos los hechos —siguió Deni—. Tenemos un planetoide que tendría que estar y que no está; o, al menos, que no aparece en nuestras pantallas. Después, «algo» nos incomunica con la base, aunque ese «algo» no impide que recibamos esta voz que viene de alguna parte —hizo una pausa—. Y, lo último pero no lo menos importante, tenemos la misma voz. Una voz indudablemente humana, que nos pide auxilio. Esos son los hechos, ahora tenemos que extraer conclusiones y decidir nuestra conducta —miró a su subordinado, como invitándole a hablar.

Este sacudió su cabeza con aire de duda y después dijo:

—Parece evidente que el p-543 *está* donde debe estar, aunque logra ocultarse de nuestros detectores por algún medio desconocido. También parece evidente que nuestra incomunicación se debe a alguna acción ejercida desde el mismo planetoide…

—No olvides que el p-543 está deshabitado, al igual que todos los planetas de la Galaxia de las Brumas…

como desmintiendo sus palabras, la voz seguía: «Venid, venid, salvad mi vida!» Bortuk señaló a los parlantes de donde la voz salía, con gesto irónico.

—Nuestros jefes *creen* que no hay vida en la galaxia.

O puede que no la hubiera antes, pero ahora...

Deni sonrió y la imprevista sonrisa sirvió para descargar, al menos en parte, la tremenda tensión que electrizaba la cabina de mando.

—Tus conclusiones son tan lógicas, que hasta parecen obvias —bromeó—. Hay una voz, *ergo* hay vida. Bien, la pregunta siguiente es ¿qué hacemos?

Bortuk le lanzó una fugaz mirada de sorpresa. Deni era el jefe, a él le tocaba tomar las decisiones. El otro entendió el sentido de la mirada y la «detuvo» con un gesto. Ahora estaba nuevamente serio.

—Sé cuales son mis obligaciones, Bortuk. Pero esto es distinto. Tengo, tenemos, motivos para creer que esta voz es una especie de trampa...

El otro le miró con ojos de curiosidad.

—Sí —reafirmó Deni—, creo que esta voz es la que ha llevado a las tripulaciones anteriores a su desaparición y, todos lo suponemos, a su muerte.

—¿Una especie de sirena que atrae a los navegantes, como en las antiguas leyendas?

—Algo por el estilo. Bien, sirena o no, la voz nos llama, se trata de una voz humana y habla de morir y pide que la salvemos...

—Pero es imposible creer...

Ahora fue Deni el que señaló los parlantes.

—La estás oyendo igual que yo. Esa voz pertenece a una mujer de la Tierra, a un ser humano. Habla nuestro idioma y no puede ser ningún artificio electrónico porque...

Se detuvo y Bortuk, sonriendo irónicamente, le completó la frase.

—... porque la Galaxia de las Brumas está completamente deshabitada.

Deni le acompañó en la sonrisa, aunque el momento no era para bromas.

—Bien, Bortuk —cortó—, esto nos lleva a mi pregunta inicial, ¿qué hacemos? Hay una mujer, casi seguramente un ser humano, que pide auxilio en la inmensidad del espacio, hay un antecedente de cinco tripulaciones desaparecidas, tal vez por responder al llamado de la voz y...

—Y en esta nave hay seis hombres que aman la aventura y se consideran lo suficientemente caballeros como para nunca desoír el

pedido de ayuda de una dama.

Deni miró largamente a su segundo.

—Tú lo has dicho, no yo. Como comandante, tengo la obligación de tomar las decisiones, pero también tengo la obligación de no comprometer a mis hombres en misiones que estén, con razonable seguridad, condenadas a un fracaso que incluye la muerte.

—¿Sugieres pedir la opinión de cada uno?

—Sí.

—Pues, cuando pidas la mía, te contestaré que voto por acudir al llamado de la voz.

—Cuando pidas la mía, te daré la misma respuesta.

Los otros cuatro tripulantes estuvieron decidida y hasta entusiásticamente de acuerdo.

No en vano habían pasado la infinidad de pruebas imprescindibles para llegar a ser un miembro activo de las Fuerzas Terrestres Intergalácticas. Esto significaba un casi perfecto equilibrio de cuerpo y mente, aptitudes muy diversas y conocimientos muy variados, pero también, y por encima de todo, valor y espíritu de aventura y hasta romanticismo.

Una voz humana, pidiendo auxilio en la inmensidad de una galaxia desconocida y presuntamente deshabitada, era una llamada que no podían desoír.

Y mucho más si la voz era la de una mujer…

* * *

—Nos ponemos en marcha. Igual rumbo, velocidad mínima —ordenó Deni, por el intercom.

La nave se puso lentamente en marcha, én tanto la voz seguía con su monótono pedido de auxilio.

—Tenemos que ser conscientes que vamos derecho a una trampa —dijo el comandante a su segundó.

—Trampa conocida, pierde su efecto —razonó éste, medio en broma, medio en serio.

—Pero, desgraciadamente para nosotros, desconocemos cuál es esa trampa —contraatacó el otro.

—Señor…

Era la voz de Trilio, en el intercom.

—¿Sí?
—Tengo a p-543 en pantalla.
—Gracias.
—Estaba seguro que esto iba a ocurrir —ahora Deni hablaba con Bortuk, una vez cortada la comunicación.
—¿Una confirmación más de la trampa, verdad?
—En efecto —volvió a conectar el intercom—. Alon, dame la distancia a p-543.
—Novecientos cuarenta y tres kilómetros —contestó el interrogado, tras un brevísimo silencio.
—¿A qué velocidad avanzamos?
—Velocidad mínima, señor: trescientos kilómetros.
—Bien, mantenga el rumbo y la dirección, de acuerdo a la voz.
La voz se oía paulatinamente más fuerte y nítida. Pero sus palabras seguían siendo las mismas.
—¿Será una grabación? —preguntó Bortuk, señalando al parlante.
—¿Qué importancia tiene eso? —repreguntó al otro.
No hubo respuesta. Deni tenía razón y el otro lo aceptaba. ¿Qué importancia podía tener que se tratara de una voz humana «en vivo» o de una voz humana grabada, si provenía de un planetoide presuntamente deshabitado y a 79.000.000 de kilómetros de la Tierra?
La voz de Trilio volvió a hacerse oír.
—Puedo ofrecerle panorámicas del planetoide, señor.
—Muy bien, proyéctemelas.
En una pantalla marginal y de mayor tamaño que las otras, apareció la colorida imagen de un suelo aparentemente gredoso. El aspecto era de desolación y no había vida animal o vegetal a la vista.
Ante la atenta mirada del comandante y su segundo, la pantalla mostró una especie de inmensa plataforma muy lisa y regular.
—Vamos rectamente hacia esa plataforma, señor, si seguimos guiándonos por la voz —informó Trilio.
—Acelere hasta dos mil kilómetros por hora —ordenó Deni a Alon, agregando—: Y comuníqueme cuando estemos a cien kilómetros del objetivo.
Alrededor de veinte minutos más tarde, llegó la información. „

—El objetivo a cien kilómetros, señor.
—Entendido, detenga la nave.
—Nave detenida, señor.
—Trilio...
—¿Señor?
—Enfoque al planetoide desde todos los ángulos posibles y páseme las imágenes.
La plataforma se veía ahora con gran nitidez.
—¿Medidas de la plataforma, Trilio?
—Es un rectángulo de trescientos metros por ciento cincuenta, señor.
Medidas adecuadas en demasía para que naves espaciales, aún de los modelos más antiguos todavía en funcionamiento, pudieran descender en ella.
—Esa plataforma no es una formación natural —decidió Deni—. Ha sido construida por seres vivos.
—¿Para atraer las naves a ella? —aventuró Bortuk.
Dani movió la cabeza en gesto de duda.
—Puede ser -7-concedió—. De hecho, es lo que creo...
Volvió su atención al intercom.
—Trilio.. Deme otras vistas del planetoide.
Las imágenes mostraban escenarios muy similares al primero. Rocas de no muy gran tamaño, un suelo árido y ningún signo de vida vegetal o animal.
—No parece un lugar muy divertido —comentó Bortuk
—Sin embargo —rebatió Deni—, en ese desierto viven seres animados e inteligentes ya que, al menos, han construido esa plataforma y tienen algún tipo de radio para que esa voz llegue hasta nosotros...
—¿Y si esa voz fuera la de la única sobreviviente de una de las expediciones, que emite por la radio de su nave?
Deni no pareció entusiasmarse ante la posibilidad.
—Ya he pensado en ello —dijo—, pero no creo que ése sea el caso. Cinco naves han desaparecido aquí; demasiadas para creer en accidentes...
—Pero puede que, por los motivos que sea, una mujer haya sobrevivido dentro de su nave...
—La única expedición que incluía mujeres era la primera, la del

profesor Oral, con él viajaban su esposa y su hija. De esto hace casi un año, ¿cómo podría haber sobrevivido una persona tanto tiempo?

—Podría ser… Si la nave estaba preparada para un largo viaje…

Deni pareció tomar una decisión.

—Hay algo más que sólo Trilio y yo sabemos… pero que tú y el resto de la tripulación ya pueden conocer.

Conectó el intercom.

—Trilio… Intente dialogar con la voz y páselo por los parlantes de toda la nave.

—De acuerdo, señor.

La voz estaba diciendo: «Venid, venid a salvarme…».

—Aquí, Galaxia-27, U4A7B2, nave de las Fuerzas. Terrestres Intergalácticas… identifíquese, por favor…

«¡No me dejéis morir, venid, por favor!», seguía diciendo la voz.

—Aquí, Galaxia-27, U4A7B2, nave de las Fuerzas

Terrestres Intergalácticas —repetía Trilio—, intentando comunicar con voz humana que pide auxilio. Identifíquese, voz… Responda…

«¡Salvad mi vida! ¡Soy un ser humano, como vosotros!»

—¡Es una grabación, no hay duda! —proclamó Bortuk.

Deni le lanzó una mirada especulativa y dejó la afirmación de su segundo sin respuesta. En cambio, se dirigió a Trilio por el intercom.

—Es suficiente, Trilio. Desista de intentar el diálogo.

Después conectó con Alon.

—En marcha —ordenó—. Velocidad mínima. Iré fijando el rumbo minuto a minuto.

—¿No seguimos la dirección que nos marca la voz? —quiso saber el sargento.

—La voz nos guía directamente hacia la plataforma —explicó Deni, agregando—: Yo prefiero elegir mi propio lugar de descenso.

El comandante pasó los minutos siguientes estudiando con nerviosa atención las características del suelo del planetoide, que la pantalla le mostraba.

La nave, como todas las modernas, era de descenso y ascenso vertical, por lo que no necesitaba un gran espacio para maniobrar; pero sí le era imprescindible que el piso fuera liso, lo que no parecía fácil de lograr. Todo lo que la pantalla mostraba era terreno rocoso y con fuertes desniveles.

Por fin, cuando estaban a sólo quince mil metros de la superficie del planetoide, Deni encontró el lugar idóneo. Estableció rápidamente las correspondientes coordenadas y dio la orden de descenso.

—La suerte está echada —dijo a su segundo, mientras la voz seguía con su interminable pedido de auxilio.

CAPITULO IV

ATAQUE INESPERADO

El lugar se demostró bien elegido. La nave se posó sobre el suelo suavemente y sin contratiempos. Deni ordenó la colocación de los equipos normales de supervivencia galáctica, distribuyó las armas — pistolas para todos, un lanzalaser para Bortuk y otro para él mismo — y pidió a Alon una información completa sobre las condiciones climatológicas y de todo tipo en el planetoide.

El informe del sargento fue alentador. En todo, las condiciones eran muy similares a las de la Tierra: igual composición de la atmósfera, ausencia de gases delectéreos para los humanos, temperatura de 25 grados centígrados y 30 por ciento de humedad. En cuanto a la posible existencia de seres uni o pluricelulares nocivos para los humanos, los aparatos de la nave no los detectaban. A la simple vista de los tripulantes y a la más sensible y de mayor alcance de los visores, no había seres vivos.

—¿A qué distancia estamos de la plataforma? —quiso saber Deni.

—Trece kilómetros —informó de inmediato Alon:

—Marcharemos en esa dirección, tomando todas las precauciones que sean necesarias —dispuso el jefe.

Cuando todos se disponían a descender, Bortuk de- uvo a los otros con un gesto y preguntó a Trilio:

—¿Desconectó usted los aparatos de comunicación?

—Sí, señor.

Bortuk se dirigió a Deni.

—Creo que sería conveniente saber si la voz sigue hablando — dijo

El comandante dio su conformidad y Trilio volvió a poner en funcionamiento sus aparatos. Ninguna voz salió por los parlantes. «Me lo imaginaba», comentó Bortuk.

Descendieron. El suelo les recordó a todos el de la luna, satélite en el que los reclutas de la Fuerza hacían sus primeras prácticas.

El paisaje era realmente desolador. Elevaciones de no más de un par de centenares de metros, multitud de rocas y cantos rodados y mucho polvo, en el que las botas de los terrestres se hundían.

—Aquí no hay ni una mosca viva —fue el filosófico comentario de Elben.

—Pues «la voz» parece estar bien viva —fue la rápida contestación de Lonk.

—Seguramente esperando tu llegada…

—Seguramente *no* esperando la tuya.

El resto del grupo rió ante la discusión. Desde que la Galaxia-27 abandonara la Tierra, los dos habían discutido casi ininterrumpidamente. Siempre el tema había sido el mismo: las mujeres.

Deni y Bortuk tenían otros temas de conversación.

—Mientras no encontremos signos de peligro, marcharemos en línea recta hacia «la voz» —dijo el comandante.

El segundo echó una larga mirada al panorama que se ofrecía a sus ojos, después comentó:

—Todo esto es un maldito desierto. Elben debe tener razón… ni una mosca puede vivir aquí.

No hubo respuesta. Uniformando instintivamente el paso, los seis continuaron la marcha en silencio. Después de caminar tres kilómetros y cuando el calor comenzaba a hacerse sentir, pese al equipo térmico, Deni dispuso un descanso de cinco minutos. Todos se introdujeron en la boca una tableta líquida, para compensar la previsible deshidratación y apagar la sed. Mientras el resto del grupo descansaba sobre rocas, el comandante observó con detenimiento los alrededores. Le parecía que algo había cambiado en el paisaje, pero no podía determinar en qué consistía el cambio.

Una vez reiniciada la marcha, Deni propuso a Bortuk ascender una elevación de unos ochenta metros, para lograr una mejor visión. Al llegar a lo alto, el jefe señaló una zona al frente en que el gris pardusco del entorno cambiaba a un marrón arratonado.

—Esa parte no es igual al resto.

Bortuk asintió. Él también había reparado en el cambio de tono.

—Puede que ese color marrón anuncie la existencia de agua —dijo y Deni asintió porque él había pensado lo mismo. Después descendieron para unirse al grupo que seguía en marcha.

El terreno descendía suave pero ininterrumpidamente. Cuando Alon consultó su marcapasos y anunció que habían recorrido seis kilómetros, la «zona marrón» hacía tiempo que había desaparecido

de la vista del grupo, aunque Deni estimaba que estarían a punto de llegar a ella.

Una elevación de casi un centenar de metros se alzaba frente a ellos; señalándola, dijo Deni:

—Puede que tras esa elevación encontremos agua.

—Si hay agua habrá... —comenzó a decir Alon, pe

ro no pudo completar la frase. Con el semblante demudado, miraba a lo alto de la colina. Los otros siguieron la dirección de su mirada.

Una masa oscura había aparecido en lo alto. En el instante en que todos miraban, la masa informe se descompuso en cuerpos que lanzaron enloquecidos sobre ellos.

—¡Hormigas... son hormigas! —alcanzó a decir Alon.

En efecto, por su morfología externa de cuerpo, patas y antenas, eran o podían considerarse hormigas. Pero su tamaño excedía el metro de largo y su peso no sería menor de veinte kilos.

La primera cayó a un par de metros de Deni, pero la segunda dio sobre Elben, al que derribó, sin que el pobre muchacho pudiera hacer otra cosa que intentar deshacer con sus brazos desnudos el mortal abrazo de la fiera.

El resto del grupo ya estaba en posesión de sus armas. Por ser el más próximo, en tanto decenas de hormigas caían alrededor de los humanos, Bortuk disparó su lanzalaser sobre la que ese instante mordía el cuello de Elben.

El monstruo quedó instantáneamente desintegrado, pero para el pobre muchacho fue demasiado tarde. Ya estaba muerto. Horrorizado, Bortuk comprendió que un terrible veneno debían poseer las hormigas, para ocasionar la muerte en forma tan fulminante.

Todos disparaban sus armas sin tiempo para tomar puntería, y con evidente riesgo de matar a sus propios compañeros. Pero esto no ocurrió porque las hormigas eran tantas, que aislaban a los humanos, convirtiéndoles en islas blancas en un mar de asquerosos monstruos marrones.

Los lanzalaser de Deni y Bortuk y las pistolas láser de todos los demás hacían estragos en la horda, pero las hormigas caían y seguían cayendo por centenares. Una llegó a abrazarse a una pierna de Bortuk, pero el oportuno disparo de Deni acabó con ella antes de

que llegara a morder.

Viendo que Alon y Trilio estaban en situación comprometida, separados de los otros y totalmente rodeados por decenas de hormigas, Deni se abrió camino gracias a su terrible arma y ascendió a la carrera una pequeña elevación, que le brindaba un óptimo ángulo de tiro.

Desde allí, libre él mismo del terrible acoso, ya que las hormigas permanecían en el llano, pudo tirar con libertad, eligiendo a sus víctimas y sin interrumpir las descargas. En un par de minutos, liberó totalmente del cerco a Alon y Trilio, los cuales, a su vez, pudieron ir en apoyo de Lonk, al que una hormiga mordía el cañón de su pistola, impidiéndole utilizarla.

Bortuk también estaba solo, pero su lanzalaser hacía prodigios de destrucción entre los atacantes. Constantemente girando sobre sí mismo en redondo, disparaba a mansalva, sin necesidad de tomar puntería y siempre dando, porque las hormigas constituían una cerrada masa, a no más de un par de metros de él.

Pero el número de los monstruos estaba bien compensado por la efectividad demoledora de las armas humanas. En pocos minutos, el campo estaba cubierto por decenas de hormigas gigantes medio desintegradas y quemadas.

Deni, siempre en su privilegiada posición, podía seleccionar sus víctimas con comodidad, ya que ninguno de sus compañeros corría peligro inminente. Las primeras líneas de hormigas estaban ahora a más de cinco metros de los humanos.

Y, aunque todavía quedaban muchas vivas y dispuestas al ataque, ya no había «tropas de refresco» saltando desde la colina. El final de la batalla era ahora, sólo cuestión de tiempo.

Y no se necesitó mucho tiempo. Los lanzalaser de Deni y Bortuk y las pistolas de los otros barrieron los restos de la terrible horda. Casi sin poder creérselo, los humanos descubrieron que seguían disparando a inmóviles cadáveres.

Los cinco se reunieron junto al cuerpo de Elben.

Todos conocían perfectamente las ordenanzas: no tocar un cuerpo que hubiera muerto por causas que pudieran ser susceptibles de contagio.

Todos conocían las ordenanzas y Deni, además, conocía su obligación. Pronunció una breve oración, que fue acompañada por

los otros, y después dijo:

—Seguid marchando en la dirección prevista. Yo me reuniré de inmediato con vosotros.

Le obedecieron, aunque marchaban lentos y como con desgana. Deni esperó a que se hubieran alejado un centenar de metros. Después dirigió su lanzalaser hacia el cuerpo yacente del desventurado Elben.

* * *

—No volveremos a dejarnos sorprender en este maldito planetoide —era Lonk. Todos estaban dolidos por la muerte del compañero, pero él había perdido algo más. Un verdadero amigo.

El comentario hirió a Deni. Claro que nadie podía haber previsto que la «zona marrón» era, en realidad un impresionante amasijo de hormigas gigantes, pero él era el jefe y los jefes deben preverlo todo.

El tenía diez años de intensa experiencia en el espació. Había luchado contra piratas galácticos en mil lugares distintos del universo y había puesto su pie en una decena de planetas y Planetoides nunca hollados Por el hombre. Era valiente como el que más y estaba considerado como el mejor de los jefes.

Pero lo que estaba ocurriendo en el p-543 era distinto. Deni estaba desconcertado por primera vez en su vida. Tenía la desagradable sensación de tener que enfrentarse a fantasmas. A seres, no de otras galaxias, sino de pesadilla.

Un planetoide presuntamente deshabitado, que de repente se manifiesta lleno de horribles monstruos dispuestos a matar. La voz de una mujer indudablemente terráquea que pide auxilio a sus congéneres, uno de os cuales ya ha perdido su vida por marchar en su ayuda. Fuerzas extrañas y misteriosas que no intervienen decisivamente, pero que son capaces de incomunicar la nave con su basé terrestre...

Demasiados misterios, pensaba Deni, mientras continuaba la marcha con sus compañeros, por el siempre desértico paisaje. Demasiados misterios y puede que demasiados riesgos. Él no estaba acostumbrado a perder hombres. Las misiones eran más o menos peligrosas, pero *casi* siempre todos volvían a la Tierra tras ellas.

—Aún no te he agradecido el haberme salvado la vida.

Sorprendido, Deni volvió a la realidad. Era Bortuk quien le hablaba.

—¿Haberte salvado la vida...? —aún no había conseguido escapar de sus deprimentes pensamientos.

—Cuando la maldita hormiga se abrazó a mi pierna...

El comandante recordó la escena. Hizo un gesto de rechazo. No estaba para agradecimientos. Ni siquiera para charlas. Pero Bortuk sí lo estaba.

—Estamos cumpliendo con nuestro deber, Deni —dijo.

El otro le lanzó una mirada de fastidio.

—Sí —insistió el segundo—. Puede que te estés preguntando si estás haciendo lo que debes... después de la desgraciada muerte de Elben... es muy natural que lo pienses, incluso te honra el hacerlo, porque demuestra que eres un auténtico ser humano... Pero también eres un jefe de las Fuerzas y tienes un deber que cumplir con tus superiores y con tu planeta... ¡Y lo estás cumpliendo!

—No lo sé —confesó el otro—. No sé si es sentido del deber o simple espíritu de aventura lo que me ha traído a este asqueroso rincón de la galaxia...

—Ha sido el pedido de auxilio de un ser humano; Deni, no tienes por qué olvidarlo...

—Un ser humano, una mujer, que puede ser una sirena buscando nuestra destrucción, como tal vez haya sido ella la que ha logrado hacer desaparecer cinco tripulaciones completas. Lo de la sirena lo dijiste tú —completó, con una mueca de burla.

—Los seres humanos siempre vamos «más allá». Desde Cristóbal Colón, o desde los legendarios vikingos, o antes aún... Siempre ensanchando los límites de nuestro conocimiento. Hoy nos toca a nosotros penetrar en el misterio de esta desconocida Galaxia de las Brumas...

—De la cual tal vez nunca podemos podamos salir.

Bortuk permaneció en silencio durante unos instantes, después dijo:

—Lo que lamentaría mucho...

—Yo también.

Bortuk sonrió.

—No, no me refería a eso, sino al hecho de que nuestro sacrificio fuera inútil. Que nadie en la Tierra

se enterara de lo que nos ha ocurrido y que otra tripulación vuelva a caer en esta trampa… si es que lo es.

—Con respecto a eso —ahora el sonriente era Deni—he tomado mis precauciones —descorrió la cremallera del bolsillo superior izquierdo de su uniforme y extrajo de él un minúsculo magnetófono, del tipo llamado «mil horas», por la duración de su cápsula grabadora.

—¿Has grabado todo lo que ha ocurrido desde nuestro descenso? —se asombró Bortuk.

—Así es —corroboró el otro, agregando—: El «mil horas» tiene cubierta antilaser. Ni nuestras armas pueden desintegrarlo. En caso necesario, lo dejaremos en lugar que pueda ser encontrado por los humanos que nos sigan…

CAPITULO V

ARBUSTOS ASESINOS

—Estamos a cinco kilómetros de la plataforma —anunció el siempre alerta sargento.

El panorama había cambiado algo. Las rocas tenían manchas de musgo y una Tara vegetación aparecía aquí y allá.

—Hay agua en el subsuelo —dijo Bortuk—. Quiero decir, agua en abundancia creciente —matizó, ante las miradas socarronas de los otros.

La conclusión del segundo, ante la vista de la vegetación, era demasiado obvia como para no mover a burla.

—Más allá de aquella maleza puede haber un río —dijo Deni, señalando un mar de arbustos que se veía a medio kilómetro de donde se hallaban.

—Aunque lo haya, seguiré prefiriendo mis tabletas líquidas a sus aguas, para apagar la sed —era Trilio. Aunque de pocas palabras, solía expresar el sentir general. Con su frase había dado cuenta de sus sentimientos hacia el p-543.

Unos sentimientos ampliamente compartidos por el grupo.

Se acercaban a los arbustos, que se extendían hasta donde la vista podía llegar.

—¡Extraña vegetación! —proclamó Alon, ya a pocos pasos de ellos.

Todos miraron con más atención las largas hojas con aspecto de cimitarras otomanas, de las que no habían tenido más que una distraída visión.

En efecto, eran extrañas. Sus tallos estaban retorcidos sobre sí mismos y daban una impresión a la vez de vejez y de fuerza. Las hojas, de más de un metro de largo y treinta o cuarenta centímetros de ancho, tenían sus bordes dentados. El conjunto resultaba casi amenazador.

Pero había algo más. Las hojas *se movían.* Pese a no haber ni la más remota insinuación de una brisa, las hojas, pese a su tamaño y previsible peso, oscilaban muy lentamente. «Como si bailaran una danza sensual y, a la vez, siniestra», se conmovió Deni.

Pero de inmediato desechó tan deprimentes pensamientos. «La muerte de Elber me ha conmovido demasiado», pensó. Y, haciendo una señal a sus hombres para que le siguieran, penetró en el campo de arbustos.

Mirando al frente, estimó que la profundidad del matorral no excedía los cincuenta metros. Por alguna oscura razón, ese hecho le alegró.

Deni marchaba en cabeza, seguido de cerca por Alon; tras ellos, Trilio y Lonk. Bortuk cerraba la marcha. Entre el primero y el último de la pequeña columna, la distancia no excedía de los diez metros.

El comandante había alcanzado el punto medio del matorral, cuando un terrible grito le paralizó.

—¡Auxilio!

Recuperándose de inmediato, Deni reconoció la voz de Alon y se volvió para prestarle ayuda. Pero no pudo retroceder hacia él, porque sus piernas no podían obedecerle.

Miró hacia ellas. Sendas hojas de arbustos las aprisionaban, en un abrazo que iba estrechándose cada vez más.

Entre la furia y la desesperación, colgó el lanzalaser en bandolera para tener sus dos manos libres y comenzó la tremenda tarea de arrancar las cimitarras de sus piernas.

Felizmente, la altura de los arbustos no llegaba al metro, por lo que sus hojas sólo podían adherirse a las piernas, dejando libre el resto del cuerpo y los brazos.

Deni consiguió destrozar una, dos, tres hojas, pero muchas más se adherían a sus piernas. El arma era absolutamente inútil... «Si hubiera traído mi cuchillo...». Miró a sus compañeros. Todos luchaban desesperadamente contra el terrible enemigo vegetal.

¿Vegetal? Algo monstruoso había en esos arbustos; además, las hojas tenían fuerza propia. Apretaban y apretaban, deseando estrangular... «Me estoy dejando llevar por los nervios», decidió Deni y concentró su atención en desembarazarse de sus constrictoras enemigas.

Comenzaba a perder la sensibilidad de la pierna izquierda, cuando, con un supremo esfuerzo, logró liberar ambas extremidades. De un gran salto, se colocó en un pequeñísimo claro, de no más de un metro de lado, en el que estaba momentáneamente a salvo del alcance de las hojas. Volvió la vista hacia los otros. Alon, el más

próximo, luchaba salvajemente contra las hojas enemigas. Trilio era ayudado por Lonk que, ¡previsor Lonk!, sí había llevado su cuchillo y con él daba tajos a diestra y siniestra, «matando» hojas por decenas.

La cosa no iba tan mal, pensaba Deni, cuando reparó en que faltaba alguien. Bortuk... ¿Dónde estaba Bortuk?

Miró con más atención y pronto pudo descubrirlo. Tras Trilio y Lonk, motivo por el que no había sido visto por éstos, estaba Bortuk... pero caído en el suelo y totalmente aprisionado por las cimitarras asesinas.

—¡Lonk! —gritó Deni, señalando al caído, mientras él mismo abandonaba su refugio y corría a prestar ayuda.

Abandonando momentáneamente a Trilio, Lonk corrió hacia el segundo, del que le separaban un par de metros, y comenzó a dar cuchilladas. Pero no a las hojas, sino a los tallos. Esto fue decisivo para salvar la vida del desfalleciente Bortuk, que hacía desesperados esfuerzos para poder llevar aire a sus pulmones a punto de estallar.

Cada tallo tronchado equivalía a «matar» cinco o seis hojas, por lo que en pocos segundos el prisionero fue liberado totalmente. Pero estaba cianótico y sin poder recuperar la respiración normal por sí mismo. Lonk se dispuso a auxiliarle, pero Deni, recién llegado al lugar, le ordenó que siguiera con su tarea destructiva, primero para auxiliar a los otros y después para abrir un paso para el grupo.

El comandante, ayudado por el también liberado Trilio, comenzó a practicar el boca a boca a su segundo, que no daba señales de vida. Pero Deni era optimista porque el corazón seguía latiendo, aunque tan débilmente que los latidos eran apenas audibles.

El cuchillo de Lonk había creado una pequeña isla en la que los tres estaban a salvo de las hojas.

Por fin, Bortuk comenzó a dar señales de reanimación. Abrió sus ojos y trató de enfocar su mirada en la cara de Deni, situada a un centímetro de la suya. Sonriendo, éste apartó su boca de la del otro, consciente de que ya respiraba por sus propios medios.

—¿Qué... qué...? —quiso decir Bortuk, pero su superior le interrumpió.

—Dejemos las explicaciones para más adelante —bromeó, mientras se incorporaba.

La situación del grupo había mejorado ostensiblemente, gracias

al cuchillo de Lonk; Alon estaba terminando de ser liberado por el muchacho, que ya había abierto un sendero entre la «isla» de los otros tres y el lugar donde había sido aprisionado el sargento. No había motivos de preocupación. Al menos, en lo inmediato.

Bortuk quiso incorporarse, pero su jefe no se lo permitió. «Descansa un poco y chúpate esto», ordenó, mientras le entregaba una de sus propias tabletas líquidas.

Trilio, sin esperar órdenes, comenzó a limpiar de «cadáveres» la senda abierta por Lonk, aprovechando para destrozar con sus propias manos alguna hoja que podía resultar peligrosa.

El infatigable «hombre del cuchillo» estaba llegando al final de su ruta. Cincuenta metros de profundidad por aproximadamente uno y medio de ancho tenía su obra. Deni consultó su reloj y tuvo una sorpresa: todo el episodio de lo que por primera vez se le ocurrió llamar «los arbustos asesinos», sólo había durado diez minutos.

—¿Cuándo me vas a dejar levantar? —clamaba Bortuk, ya totalmente recuperado.

Por un exceso de prudencia, el comandante lo tuvo cinco minutos más en el suelo. Ese tiempo fue aprovechado por Lonk, Alon y Trilio en asegurar la transitabilidad del sendero, acabando con las últimas hojas que podían llegar hasta los que lo iban a atravesar.

Por fin, tras tomar el pulso de Bortuk y asegurarse que sus funciones vitales estaban en orden, Deni permitió al segundo incorporarse y dio la señal de reiniciar la marcha.

—Gracias —dijo Bortuk a Lonk, mientras éste le ayudaba a levantarse.

—Este plante o lo que sea es un asco —contestó el muchacho.

Pero, al menos, pudieron atravesar el sendero —«Autopista Lonk», lo bautizó Trilio— con absoluta tranquilidad.

—¿Con qué nos encontraremos ahora? —preguntó Alon cuando los «arbustos asesinos» ya habían quedado atrás. Y la pregunta resumía lo que estaba en la mente de todos.

El panorama que ahora se ofrecía ante sus ojos era más animado que el paisaje lunar que les había recibido. La presencia de agua subterránea era evidente, porque el verde comenzaba a prevalecer sobre el gris. La vegetación, aunque baja y algo raquítica, era abundante. Seguía habiendo elevaciones, pero éstas eran más bajas y

las superficies casi planas más extensas.

Pero el desánimo había hecho presa del pequeño grupo, en especial de Lonk y Trilio, afectados por la muerte del que fuera su amigo.

Consciente de ellos, Deni ordenó un descanso. Todos se sentaron en el suelo y echaron mano de sus tabletas líquidas o de sus sucedáneos de cigarrillos.

Hubo silencio durante varios minutos, después dijo el comandante:

—Creo que ha llegado el momento de hablar.

Los otros le miraron sorprendidos. Por el tono de su jefe, era evidente que no pensaba en una charla de circunstancias.

—Esta es una misión que nadie, ni ustedes ni yo, estamos obligados a realizar —comenzó abruptamente.

Los cuatro pares de ojos siguieron enfocándole, pero nadie respondió.

—Quiero ser muy claro —siguió Deni—. Todas las misiones son peligrosas y no por eso renunciamos a | ellas. Hemos elegido libremente nuestra profesión y estamos satisfechos y hasta orgullosos de ella...

Hizo una pausa y su rostro se distendió en una sonrisa.

—Creo que estoy echando un discurso —comentó y sus oyentes asintieron con expresivos gestos de cabeza—. Bien —continuó, nuevamente serio—, la cuestión es que nosotros no estamos obligados a seguir adelante. Se nos ha enviado para tratar de averiguar la causa de la desaparición de cinco naves y...

—¿Me permites una interrupción? —era Bortuk. Deni le autorizó, con un movimiento de su mano.

—Todos estamos un poco deprimidos —comenzó el segundo— por la muerte de Elben. Todos somos conscientes que otras muertes pueden producirse, como casi se produce la mía, evitada en el último minuto por Lonk...

—Por el *cuchillo* de Lonk —corrigió éste y todos rieron.

—Puede haber otras muertes —siguió Bortuk— y es fastidioso pensar que podemos perder la vida sólo por atender el llamado de una anónima voz en el espacio... Pero ése es nuestro trabajo y estamos dispuestos a seguir adelante.

—¿Todos piensan como el teniente Bortuk? —quiso saber Deni.

El asentimiento fue total.

—En ese caso —concluyó el comandante, poniéndose de pie—, continuemos la marcha.

CAPITULO VI

LA VOZ LLAMA

Marcharon durante casi una hora sin incidentes y por un entorno cada vez más verde sin árboles. A excepción hecha de las hormigas gigantes, tampoco habían visto ningún representante del reino animal. Ni pájaros, ni siquiera insectos.

Todos estaban más relajados, aunque alertas, ya que era evidente que el p-543 era un planetoide lleno de peligros y de los más inesperados.

Alon, en cabeza del grupo, ascendió por la ladera de una elevación de no más de sesenta o setenta metros de altura; cuando hubo llegado a la cima echó una rápida mirada y se volvió muy excitado a los otros:

—¡Tenemos la plataforma a menos de un kilómetro! —informó.

Todos treparon la cuesta. En efecto, oculta antes de sus miradas por hallarse en una especie de gran depresión del suelo, apareció ante sus ojos la tan promocionada plataforma.

Bortuk fue el primero en romper el silencio.

—No hay construcciones ni signos de vida a su alrededor —dijo.

Era cierto. Nada se veía, a excepción de la plataforma misma, que diferenciara el lugar del resto del *paisaje*.

—Pero no cabe duda que la plataforma no es una formación natural —acotó Alon.

—Ha sido construida por seres inteligentes —corroboró Deni, agregando—: Pero, ¿dónde están esos seres?

Nadie contestó a esa pregunta, destinada a quedar sin respuesta.

—Sigamos adelante —ordenó el comandante.

Unos seiscientos metros fueron recorridos a marcha lenta y con los sentidos de los cinco aguzados al máximo, entonces Deni hizo un gesto de detención. La plataforma comenzaba doscientos metros más adelante.

—Aunque no hay motivos concretos para ello —dijo Deni a sus hombres, en un tono desusadamente bajo—, podemos temer que la plataforma sea alguna suerte de trampa. No accederemos a ella. Vamos a bordearla.

Así lo hicieron. Tal como determinara Trilio, se trataba de un rectángulo de trescientos metros de largo por ciento cincuenta de ancho. Ante ellos se ofrecía la parte más extensa del rectángulo.

Lo bordearon, marchando hacia su izquierda. Los bordes de la plataforma estaban a unos cincuenta centímetros por encima del nivel del suelo y su superficie era tan lisa, como podía serlo la de una pista de aterrizaje. El material empleado para su construcción parecía más blando que el cemento y de un color más oscuro, pero el conjunto daba una impresión de solidez suficiente como para permitir el descenso de una nave intergaláctica.

Habían casi completado la mitad de su recorrido; es decir, estaban en la cara opuesta a la que se habían enfrentado a su llegada, cuando ocurrió.

—¡Salvad mi vida! ¡Soy un ser humano… como vosotros!

Ninguno de los integrantes del grupo pudo evitar un sobresalto. El irrumpir dé ese clamor desesperado rompiendo el absoluto silencio que les rodeaba, era motivo más que suficiente para alterar los nervios de cualquiera.

Pero estaban entrenados para hacer frente a las más inesperadas circunstancias, por lo que todos volvieron a recuperar el autocontrol de inmediato.

—Viene de allá —indicó Deni, mientras la voz proseguía implorando ayuda.

Señalaba un lugar indeterminado, situado frente a él. Él estaba de espaldas a la plataforma. Nada se veía en los alrededores que indicara la existencia de seres vivos. Pero la voz seguía llamando.

—Vamos —dijo el comandante y reinició la marcha en dirección al sonido.

La vegetación era relativamente abundante y tan verde como lo venía siendo desde los «arbustos asesinos», pero aquí había más formaciones rocosas y colinas de mayor altura. Deni sospechó la posible existencia de cavernas.

—¡Venid, venid! —rogaba la voz.

No podía estar muy lejos. Como pidiendo la opinión de los otros, Deni señaló una colina que les enfrentaba a unos cien metros de distancia. Alon asintió con la cabeza. El jefe hizo señal de seguir marchando.

Llegaron al pie de la colina. Deni detuvo al grupo y, siempre por

señas, indicó que no ascenderían por ella, sino que iban a bordearla por la derecha.

Así lo hicieron. Cuando alcanzaban la mitad del recorrido y la voz parecía venir de todas partes, el suelo desapareció bajo sus pies.

* * *

Tras un lapso de tiempo indeterminado, Deni recobró la conciencia. Estaba acostado e intentó levantarse, pero le fue imposible. De inmediato descubrió que sus muñecas, sus tobillos y hasta su cuello estaban unidos por argollas metálicas a la camilla sobre la que se encontraba.

Lo primero —tras el descubrimiento de su cautiverio— que vio del lugar donde se encontraba fue el techo. Un techo abovedado y blanco. La iluminación era intensa, aunque no pudo ver las fuentes de luz. Alzó la cabeza todo lo que le permitía su dogal, comprobando que sus cuatro compañeros estaban en su misma situación. Por las camillas, algunas mesas metálicas y el extraño instrumental que se encontraba perfectamente colocado en las estanterías adosadas a las paredes, Deni supuso que se encontrarían en algo similar a un hospital.

—¿Podéis oírme? —preguntó a sus compañeros.

Todos respondieron afirmativamente.

—¿Habéis visto...? —comenzó, pero tuvo que interrumpir su pregunta, porque tres seres habían hecho su entrada en la amplia estancia.

Tenían piernas y brazos, un tronco y una cabeza, pero no podían confundirse con seres humanos. Sus brazos y piernas eran muy cortos en relación a su cuerpo; las orejas y la nariz eran simples orificios en la cara, aunque la boca y los ojos eran similares a los de los terráqueos. La altura de los tres era uniforme y podía situarse en el metro sesenta. Una simple túnica les cubría y no tenían armas, al menos a la vista.

Pero lo que más impresionaba en ellos eran sus caras. Los cinco humanos que los contemplaban en angustiosa tensión, tuvieron la misma idea: «No tienen expresión».

En efecto, sus caras no «decían» nada. No había en ellas expresión de odio, de simpatía, de preocupación o de burla. Eran

facciones lisas, como estiradas, dando un poco la sensación de las caras sometidas a operaciones de cirugía estética.

La camilla de Alon era la más próxima al lugar por donde los tres seres entraron y hacia ella se dirigieron.

El que encabezaba el grupo observó detenidamente a Alon, para después levantarle los párpados y observar sus ojos con un pequeño instrumento. Todas estas maniobras hicieron pensar a Deni que se trataba de médicos y que, efectivamente se encontraban en un hospital. Incongruentemente, cayó en la cuenta de que habían despojado de sus armas y que seguramente habían hecho lo mismo con los otros cuatro.

El presunto médico hizo una señal a los otros, que actuaban como si fueran sus ayudantes. Inmediatamente los dos fueron hasta una de las estanterías y volvieron junto a su jefe con diverso instrumental, que él tomó en sus manos. Aunque la distancia —unos siete u ocho metros— y su posición no le permitían ver bien la escena, a Deni le pareció que los instrumentos eran especies de grandes jeringuillas hipodérmicas y un recipiente transparente, como de cristal.

Muy pronto pudo comprobar que su observación era acertada. Uno de los ayudantes levantó la pernera izquierda del pantalón de Alon y el médico introdujo lo que debía ser una aguja en un lugar de la pierna próximo al tobillo. De inmediato, la sangre comenzó a fluir en el recipiente.

—¡Ustedes no pueden hacer eso! —comenzó a gritar Deni, mientras Alon se revolvía en sus grilletes y Bortuk, Trilio y Lonk hacían eco a su jefe.

Pero los gritos, continuados y cada vez más violentos, a medida que el gran recipiente se iba llenando del vital líquido.

Un litro, dos... Deni, con sus ojos clavados en el fatídico frasco y su garganta enrojecida por los gritos, no tuvo más dudas: esos monstruos iban a extraer *toda* la sangre de Alon. Fríamente, *científicamente,* iban a matarlo.

Nada podían hacer los cuatro, excepto gritar. Para ellos, hombres acostumbrados a la lucha y a ver morir a compañeros y enemigos, éste era un espectáculo inédito e infinitamente más horrible que todo lo vivido.

Aún en el horror de la muerte de Elban —podía haber— una

lógica. Un animal monstruoso y de terrible veneno, que mata a un hombre, es algo que los seres humanos pueden admitir. Que está dentro de su lógica porque, aunque eso no pueda ocurrir en la Tierra del año 2.044, todos los humanos saben que ha ocurrido en otros tiempos. Está en el subconsciente colectivo de la raza.

Pero esto que estaban contemplando, no. Un médico, porque debía serlo, daba la seguridad de sus maniobras, extrayendo la sangre —la vida— de un ser indefenso era algo que no cabía en sus mentes. Y su absoluta incapacidad para correr en ayuda de Alon completaba el horror y la desesperación.

El recipiente estaba lleno hasta muy pocos centímetros de su borde superior. Ahora la sangre ya no fluía en chorro, sólo gotas de ella podía extraer la aguja asesina.

Deni no necesitó mirar la cara de Alon para saber que su sargento había muerto.

Los monstruos esperaron todavía unos minutos, aunque ya nada fluía del tubo que conectaba la aguja con el recipiente. Por fin, convencidos de que ni una gota más de sangre podían obtener, uno de los ayudantes quitó la aguja, mientras el otro se ocupaba de retirar el tubo y cerrar cuidadosamente el frasco con una tapa que aparentemente constituía un cierre hermético.

La aguja y el tubo fueron arrojados a algún recipiente que el horrorizado Deni no pudo ver y el frasco ahora rojo permaneció en las manos del ayudante que lo había taponado.

La camilla contigua a la del infortunado Alon era la de Trilio, el ayudante que tenía las manos libres pareció susurrar algo a su jefe y Deni se estremeció adivinando el sentido de ese susurro. Pero el médico, tras responder en la misma forma, se dirigió hacia la salida, seguido por los otros.

El comandante no pudo reprimir un suspiro de alivio. Trilio había salvado su vida, pero, ¿por cuánto tiempo?

¿Por cuánto tiempo los cuatro supervivientes podrían seguir siéndolo?

Por milésima vez, Deni forcejeó en un desesperado intento por liberarse de los grilletes. Pero, él lo sabía muy bien, todo era inútil. Estaban en manos de sus criminales captores sin atenuantes. La suerte corrida por el desgraciado Alon era la que les esperaba a todos.

Pero Deni era —seguía siendo— el jefe del cada vez más menguado grupo. No podía dejarse ganar por el desánimo.

—Bortuk —llamó—, ¿estás bien?

Hubo un segundo de silencio y después se oyó la voz quebrada por la emoción del teniente, diciendo: «Sí, estoy bien».

—¿Trilio?

—Bien.

—¿Lonk?

—Bien.

—Escuchadme todos —Deni no sabía qué decir, pero sabía que tenía que hablar—. Acabamos de perder a otro de los nuestros y eso nos afecta a todos, pero hemos venido aquí en cumplimiento de una misión y la cumpliremos, mientras nos quede vida para hacerlo...

Los otros le escuchaban en silencio, pero Deni casi podía oír sus objeciones: «¿Cómo? ¿Cómo vamos a poder cumplir con nuestra misión, cualquiera que ella sea, porque ni eso tenemos bien claro, si nuestras manos y nuestros pies y hasta nuestros cuellos están aherrojados con grilletes de los que no podemos escapar?

Y el cadáver de Alon, al que le habían quitado la vida con toda frialdad y cinismo, todavía junto a ellos, como señalando el camino que todos iban a recorrer...

—Sé que nuestra situación es muy difícil —seguía Deni—, pero aún estamos vivos. Y tenemos que estar muy alertas para actuar en el momento en que se nos ofrezca la más mínima posibilidad de hacerlo. Que nadie espere órdenes; si se puede hacer algo, cualquier cosa que sea para contribuir a nuestra liberación, que lo haga...

Las palabras sonaban ridículas para el mismo Deni. ¿Qué iban a poder hacer los otros? ¿Cosquillas a los grilletes? Pero tenía que hablar porque era el jefe y tenía la obligación de infundir moral a sus hombres.

Aunque muy poca moral le quedara a él mismo...

Siguió hablando durante varios minutos más y consiguió que los otros le contestaran y hasta que se formalizara algo parecido a una conversación entre los cuatro, aunque el cadáver del sargento siguiera estando sujeto por las anillas de metal a su camilla.

Deni estaba evaluando las posibilidades de acción en las que quería obligarse a creer, cuando calló de repente. Los otros, pendientes de sus palabras, volvieron sus cabezas para seguir la

mirada de su jefe.

El médico y sus dos ayudantes acababan de penetrar en la estancia.

CAPITULO VII

ANSIAS DE SANGRE

Trilio, el más próximo a Alon, el «siguiente», no pudo evitar un estremecimiento al descubrir a los verdugos. Los otros se revolvían impotentes dentro de sus grilletes. El silencio fue total durante unos instantes, mientras los ayudantes proveían al médico de una aguja y una jeringuilla; después tronó la voz de Deni.

—¡Exijo que acaben estos asesinatos! ¡El Consejo Intergaláctico sabrá de esto y arrasará el planetoide! ¡Exijo que...!

Los nativos, no le oían, o nada les importaban sus gritos, porque continuaron con toda parsimonia sus preparativos. Como hicieran con Alon, uno de los ayudantes levantó la pernera izquierda del pantalón de Trilio y el médico introdujo la aguja donde él sabría que había un vaso sanguíneo. La sangre comenzó a llenar la jeringuilla.

La jeringuilla...

En su excitación Deni no había reparado en que ahora no había gran recipiente, sino una común jeringuilla de no más de 10 o 15 centímetros cúbicos de capacidad. Y era evidente que estaban *extrayendo* y no *inyectando...*

«Quieren sangre para analizar, no van a matar esta vez.» Pese a lo tremendo de su situación y a que el hecho no podía significar más que una postergación, seguramente muy breve, de la brutal condena a que los cuatro estaban sometidos, Dani sintió que algo cálido parecido a la esperanza crecía en su corazón.

«No van a matarnos...» Se obligó a corregirse: «No van a matarnos... ahora.» Pero ya era algo. Era mucho.

El médico repitió la maniobra con Lonk, después con Bortuk y, finalmente, con Deni. Tras cada extracción, de alrededor de diez centímetros cúbicos de sangre, entregaba la jeringuilla a uno de sus ayudantes, el que volcaba la sangre en una especie de probeta, en tanto el otro entregaba a su jefe una nueva jeringuilla con su correspondiente aguja.

«Tienen nociones de asepsia, lo que significan que conocen la posibilidad de infecciones y contagios», anotó la mente del comandante, sin que su dueño alcanzara a entender qué importancia

podía tener eso para él y sus compañeros.

Acabadas las extracciones, el siniestro cortejo tornó a desaparecer.

—Drácula se preocupa por nuestra salud...

La frase la había dicho Lonk y a Dani le alegró oírla. Era una fehaciente prueba de que la moral volvía a sus hombres. El comandante volvió a tomar la palabra:

—Tenemos que establecer un plan de acción para el caso de...

Lo importante no era establecer un plan que nunca podría ponerse en práctica, lo importante era mantener ocupados a los hombres, para evitar que pensaran.

Para evitar que miraran constantemente el cadáver de Alon.

* * *

Pasó algo más de una hora. Al cabo de ella, volvieron los ayudantes, pero esta vez sin el médico. Uno comenzó a empujar la camilla de Trilio —sólo entonces advirtió Deni que estaban provistas de ruedas— y el otro la de Lonk. Pronto desaparecieron con ellos por donde habían venido.

—¡Les hago responsables de las vidas de mis hombres! —gritó Deni al vacío.

—Quisiera saber donde les llevan —comentó Bortuk más realista.

—También yo. Y no espero que entiendan el significado de mis gritos, sólo intento atemorizarlos con ellos...

—¿Crees que lo logras?

—No.

Quedaron en silencio. La tensión que había descendido algo tras las extracciones, volvía a subir ahora. Por razones que ellos ignoraban, los monstruos requerían sangre humana. Las perspectivas no .podían ser más desgraciadas.

Al menos, la inquietud por el destino inmediato de Trilio y Lonk pronto quedó neutralizada. Menos de diez minutos después de haber desaparecido con sus prisioneros, regresaron los dos ayudantes, esta vez para llevarse a Bortuk y Deni.

—Adiós, Alon —murmuró el comandante al pasar junto al cadáver de su sargento.

Las camillas fueron sacadas a un amplio corredor, muy bien

iluminado. Deni tuvo de inmediato la sensación de encontrarse en un lugar subterráneo o en una caverna excavada en alguna colina. Las paredes eran de roca y el piso, probablemente también rocoso, estaba cubierto por una gruesa capa de una substancia plástica parecida al viejo linoleum terrestre.

Tras recorrer unos treinta metros, llegaron al final del corredor, que terminaba en un gran ascensor, en el que introdujeron las camillas.

El mecanismo y la misma caja en la que se encontraban eran de aspecto rudimentario e hicieron recordar a Deni viejos grabados de ascensores terrestres de comienzos del siglo veinte.

«El desarrollo tecnológico de estos monstruos es inferior al nuestro», pensó y la idea contribuyó a animarlo.

Descendieron durante un par de minutos, a muy reducida velocidad, por fin la caja se detuvo y fueron sacados al exterior. Un corredor similar al anterior se ofreció a sus ojos. Pero en las rocosas paredes de éste se advertían rastros de humedad, lo que hacía pensar en un lugar a muchos metros bajo el nivel del suelo.

El corredor principal era muy corto, no más de cinco metros de largo. A su término, se abrían dos pasadizos que seguían direcciones divergentes y descendían aún más a las profundidades.

Les conductores introdujeron sus camillas por el pasadizo de la derecha, peor iluminado que el corredor central, y recorrieron por él unos cuatro metros, deteniéndose después ante una abertura practicada en la roca y de una altura adecuada para que la atravesaran sin problema los nativos.

Uno de ellos pasó su mano en un lugar de la pared próxima a la abertura. Deni, pese a sus esfuerzos, no advirtió consecuencias visibles de tal acto. De inmediato las dos camillas fueron empujadas a través de la abertura.

Aunque la iluminación —parecida a la electricidad terrestre— era escasa en el interior del recinto al que fueron llevados, Deni descubrió con inmensa alegría que en él se encontraban Trilio y Lonk. Ya sin camillas, estaban encadenados a anillas sujetas a la pared rocosa.

En un par de minutos, Deni y Bortuk estuvieron instalados de la misma forma y los ayudantes, llevándose las vacías camillas, desaparecieron por la abertura.

Aunque no había ventanas a la vista en el recinto de altísimo techo abovedado, el aire no estaba enrarecido. Deni señaló el hecho a los «veteranos» del lugar, tras los efusivos saludos de rigor.

—Ya hemos advertido el hecho —coincidió Trilio—. He intentado observar el techo, pero la iluminación es demasiado escasa para ver nada. De todos modos, puede darse por seguro que existe algún tipo de aire acondicionado.

—O sea que, en términos terrestres, nuestros anfitriones están entre la Edad Media y el siglo veinte... —bromeó Deni, conciliando el aire acondicionado con las cadenas y las anillas.

—Su desarrollo es muy inferior al nuestro —terció Bortuk y todos asintieron.

—Eso es de vital importancia para nuestro propio futuro —observó Deni, agregando, con un gesto en dirección a la entrada—: Y allí, ¿no hay puerta?

Nuevamente fue Trilio quien respondió a la pregunta.

—La «puerta» pertenece al siglo veinte y no a la Edad Media-

Hizo una pausa y logró que todos le miraran interesados, ya que no se veía puerta de ninguna clase.

—Un sistema de célula fotoeléctrica que en la Tierra se utilizaría cien años atrás —explicó el experto, muy satisfecho del interés despertado.

—¿Podrás desconectarlo si es necesario? —por primera vez, Deni tuteaba a su subordinado y éste no dejó de advertir el detalle.

—Antes tendría que «desconectar» estos chismes —respondió, señalando las cadenas que le aprisionaban.

—Los cierres de las anillas son muy toscos —era Lonk, que hablaba por primera vez. Los otros tres le miraron con respeto.

—¿Es que te animas a abrirlos? —preguntó Bortuk, con cómico respeto.

—Necesitaría algún instrumento metálico, por rudimentario que fuera...

Siguiendo un súbito impulso, Deni se registró los bolsillos. Antes, los grilletes inmovilizando sus muñecas le habían impedido hacerlo.

Pero su esperanza duró muy poco. Los bolsillos habían sido cuidadosamente vaciados. Bortuk, Trilio y Lonk también revisaron los suyos con idéntico resultado.

En el estado de extrema tensión en que los cuatro se hallaban,

esta decepción los deprimió grandemente. Consciente del hecho, dijo Deni:

—En algún momento tendremos que entrar en acción y ese momento tiene que encontrarnos en la mejor forma posible. Por tal motivo, os invito a descansar, ya que nada podemos hacer ahora.

En silencio, todos se acomodaron lo mejor posible, dentro de lo que sus cadenas les permitían.

Increíblemente, dadas las circunstancias, minutos después los cuatro estaban dormidos.

* * *

Despertaron ante la llegada de los que Deni llamaba para sí mismo «ayudante». Cada uno de ellos traía dos bandejas con comida, que dejaron ante cada uno de los prisioneros. Hecho esto, se retiraron.

Deni echó una atenta mirada al contenido de su bandeja y se sorprendió grandemente: la comida tenía un aspecto decididamente terrestre.

—¡Eh, me han traído hamburguesas con patatas fritas! —estaba anunciando Lonk, muy excitado.

—También a mí —corroboró Bortuk.

—En cambio yo tengo un filete, patatas y ensalada —informó Trilio.

—A mí me ha tocado filete con patatas fritas —era Deni.

—¿Cómo tendrán estos malditos comida terrestre? —se preguntó Lonk.

Y era la pregunta que todos se hacían. Deni, además de la pregunta, tenía una posible respuesta, pero prefirió reservársela.

—La comida tiene buen aspecto —dijo— y, además, nos han traído una bebida que tiene color y olor de cerveza. Comamos y bebamos, que buena falta nos hace.

Todos le obedecieron, utilizando para comer el único cubierto que les habían proporcionado: un tosco tenedor, con sólo dos dientes. Deni se preguntaba, mientras comía las patatas fritas que estaban realmente buenas, cómo podría cortar el filete con tenedor, pero, cuando lo intentó, pudo hacerlo muy fácilmente. La carne no era compacta, ya que el tenedor la cortaba con la misma facilidad

con que cortaría mantequilla. «Sucedáneo de carne», decidió el comandante, pero siguió comiendo porque también estaba muy bueno el sucedáneo. Y la cerveza o lo que fuera.

Cuando los cuatro hubieron dado cuenta de sus comidas, Lonk blandió su tenedor. Los otros comprendieron, sin necesidad de más explicaciones. El problema era lograr que los «ayudantes» no echaran en falta el adminículo.

—Montaremos un pequeño espectáculo —respondió Deni a la pregunta no formulada por los otros.

Con nerviosidad e impaciencia aguardaron la llegada de sus carceleros. ¿Y si no venían a retirar las bandejas? ¿Y si venían y se los llevaban?

Esa era una posibilidad que había que considerar. Deni se dirigió de inmediato a los otros.

—Si los «ayudantes» vienen a llevarnos... a todos o a alguno, nos resistiremos como podamos...

—Yo con mi tenedor —terció Lonk.

—Tú con tu tenedor y los demás con nuestras manos —respondió Deni, agregando—: Para llevarnos tienen que quitarnos las anillas y ése será el momento para el ataque...

Pero todos sabían que no sería tan fácil. Al traerles, les habían colocado las anillas y las cadenas, antes de quitarles los grilletes. Esos seres no parecían ser muy inteligentes, pero tampoco eran tan tontos.

La incógnita se desveló media hora más tarde. Y, por primera vez desde que cayeran prisioneros, la suerte iba a inclinarse en su favor.

Un solo «ayudante» se hizo presente y con el inocente propósito de retirar las bandejas. Comenzó por Bortuk, después Deni y, cuando iba a hacerse con la de Lonk, el comandante comenzó a gritar incoherencias, mientras sacudía ferozmente sus cadenas y un hilo de baba corría por la comisura de sus labios.

El carcelero se volvió hacia él, aunque su expresión —su absoluta falta de expresión— no varió en nada. Pero se apresuró a recoger las bandejas de Lonk y de Trilio y a abandonar la cueva.

—Una actuación algo exagerada —comentó Bortuk, mientras Lonk se afanaba con el cierre de la anilla, utilizando su precioso tenedor.

Un par de minutos le bastaron para hacer saltar el cierre y liberar

su mano izquierda. Liberar la derecha le llevó un minuto y medio.

Pero cuando se disponía a abrir las anillas del comandante, se presentó un problema inesperado.

El médico, seguido por el ayudante que acababa de irse, hicieron irrupción en el lugar. Apenas pudo Lonk disimular su recién adquirida libertad, aunque imposible le era volver a colocarse las rotas anillas.

Felizmente para él y para todos, la atención del médico y su ayudante se dirigió exclusivamente a Deni que, sospechando lo que motivaba la visita, se había echado sobre el piso y jadeaba desacompasadamente, con los ojos cerrados.

El médico aplicó su oreja al tórax del humano para auscultar su corazón, controlando después pulso y fondo de ojos, con su pequeño y conocido instrumento. Hecho todo esto, se incorporó y abandonó la estancia, seguido por su silencioso —como él mismo— ayudante.

Deni se incorporó, no bien los otros salieron.

—¡De prisa, Lonk! —dijo—. Libéranos a todos. Tenemos una oportunidad...

Mientras su joven subalterno trabajaba hábilmente en sus anillas, el comandante explicó su idea:

—Es casi seguro que el médico ordenará que se me suministre un sedante. Uno de sus ayudantes será e! encargado de hacerlo, o los dos, en el peor de los casos. De todos modos, para entrar aquí desconectará la célula fotoeléctrica. Nosotros le mataremos y escaparemos de aquí.

El mismo ya estaba libre. Ahora Lonk trabajaba en las muñecas de Bortuk. Sin levantarse del suelo, Den friccionó fuertemente las suyas para restablecer la deprimida circulación.

—Deme el tenedor cuando termine su trabajo, Lonk —ordenó Deni al muchacho, que ya estaba liberando a Trilio.

Pero el arma nunca pudo llegar a las manos del jefe, porque el ayudante llegó en el momento preciso en que Lonk terminaba su trabajo.

Sin sospechar nada, el nativo se inclinó sobre Deni, sosteniendo en su mano derecha una jeringuilla con su correspondiente aguja.

Con una furia en la que mucho tenían que ver las muertes de Elben y Alon, Lonk clavó repetidas veces su tenedor en la espalda del enemigo. Este no murió, pero cayó boca abajo, casi sobre Deni.

El comandante le dio rápidamente vuelta y su subordinado le clavó el tenedor en el tórax.

—Si tienes corazón, ahí debe estar… —murmuró ciego de furor.

Un líquido de un color entre rojo y el anaranjado comenzó a fluir por la herida y el ser quedó inmóvil, con sus ojos abiertos y tan inexpresivos como lo habían estado durante su vida.

Deni le revisó los bolsillos de la túnica en busca de algo que pudiera servir como arma, pero no encontró nada.

—¡Vámonos de aquí! —ordenó, tras incorporarse de un salto.

CAPITULO VIII

EL CUERPO DE LA VOZ

Tal como lo habían previsto, el dispositivo fotoeléctrico estaba desconectado, por lo que pudieron salir sin inconvenientes de su especie de celda. En el pasadizo no había nadie.

—No temen que nos fuguemos —comentó Lonk, en voz muy baja.

—Seguramente nuestros desgraciados antecesores no tuvieron oportunidad de hacerlo —contestó Deni, en el mismo tono.

Avanzaron con grandes precauciones hasta la desembocadura del pasadizo en el corredor central. El comandante encabezaba la marcha e hizo señas a los otros para que les siguieran sin cuidados. El corredor también estaba vacío.

Ya en él, se reunieron en consejo. Había que decidir el camino a tomar. Al frente, tenían el ascensor, que podía llevarlos directamente a la libertad... o caer en manos de sus enemigos. Junto a ellos, se abría el otro pasadizo que no podían imaginar adonde les llevaría.

Con gesto interrogante, Bortuk señaló el ascensor.

—Es demasiado peligroso —susurró Deni—. No tenemos armas y desconocemos absolutamente el terreno...

—Entonces sólo nos queda el pasadizo —dijo el segundo, señalándolo.

—Sí —decidió el jefe—, tal vez encontremos alguna salida secundaria. Vamos.

Como el otro, el lugar estaba débilmente iluminado y las características de caverna escavada en la roca eran evidentes. La soledad y el silencio eran totales.

Tras recorrer con extremada lentitud una decena de metros, una abertura similar a la de la que había sido su cárcel se ofreció a la vista de los humanos, en la pared derecha del pasadizo, que terminaba un par de metros más lejos sin otros accidentes apreciables.

—Entraremos aquí —dijo Deni, señalando la abertura—. Pero antes buscaremos posibles sistemas de alarma.

Recordando lo que uno de los ayudantes hiciera en la pared del otro pasadizo, paseó su mano por la rugosa pared. A su lado, Bortuk se esforzaba por ver algo en el interior de la cavidad, pero la penumbra que en ella reinaba condenaba sus esfuerzos al fracaso.

Los sensibilizados dedos de Deni detectaron una pequeñísima saliente circular, que se apresuró a oprimir. Cuando el elemento quedó trabado, sin volver a su posición anterior, el comandante tuvo la seguridad de que se trataba del interruptor buscado. Paseó una mano por la abertura, sin que ninguna alarma sonara. «Adelante», dijo.

Con gran lentitud entraron los cuatro en el oscuro recinto, que era muy similar al que ellos ocuparan.

Trilio fue el primero en verla. Señalándola, oprimió el brazo de Bortuk para atraer su atención.

Un segundo más tarde, los cuatro se inclinaban sobre ella. Estaba dormida y su cara semioculta por los largos y desgreñados cabellos, pero aun así y pese a la semioscuridad reinante, todos tuvieron la seguridad de que era un ser humano.

—¿La voz? —sugirió Lonk.

Deni asintió en silencio. Después se arrodilló junto a ella y muy suavemente, para evitar una reacción que los pusiera en peligro, le tocó el hombro para despertarla. Lonk, situado junto a su jefe, miraba a la durmiente, pensando: «Un hermoso cuerpo y, seguramente, también una hermosa cara.»

Con un estremecimiento, la chica despertó. Dispuesto a no arriesgarse, Deni se apresuró a taparle la boca con su mano, pero la precaución se demostró innecesaria. No bien abrir sus ojos y ver a sus visitantes, la prisionera iluminó su faz en una amplia sonrisa. Deni retiró su mano.

—Les estaba esperando —susurró ella.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí? —se asombró Deni.

—Llevo mucho tiempo en este antro... He establecido un sistema de comunicación con los carceleros.

Como lo estuvieran ellos antes, la chica estaba unida por cadenas a la pared. Deni hizo un gesto a Lonk, que sólo esperaba esa orden para poner en funcionamiento su tan útil tenedor.

—Mi nombre es Alda. Soy la hija del profesor Oral —dijo la prisionera, mientras Lonk maniobraba en la anilla.

—Imaginábamos algo por el estilo —era Deni.
—Ustedes también fueron atraídos por... por mi voz, ¿verdad?
El comandante asintió en silencio.
—Hace ya mucho tiempo —siguió ella— me engañaron... Me hicieron creer que utilizarían mis palabras para solicitar a las naves terrestres ayuda para devolverme a la Tierra... Pero pronto supe que lo que hacían con la grabación era atraer las naves a este lugar maldito para... para acabar con sus tripulaciones.
Lonk había terminado su trabajo.
—No podemos perder tiempo —cortó Deni—. ¿Conoce usted alguna forma de escapar de aquí?
La chica comenzó una negativa con su cabeza, pero de pronto se interrumpió y comenzó a hablar con voz indecisa.
—No sé... está el ascensor, desde luego...
—Es demasiado peligroso.
—Sí... estaba pensando...
—¿Qué?
—Algunas veces... muy pocas... he visto pasar algunos de estos seres frente a la abertura —la señaló—, en dirección, contraria al gran corredor.
Deni miró con gesto de sorpresa a sus compañeros y éstos le correspondieron en igual forma.
—Pero el pasadizo acaba un par de metros más lejos y en una pared lisa... —objetó Bortuk.
Alda se les quedó mirando en silencio.
—Puede haber alguna puerta disimulada en la roca —dijo Deni, incorporándose ágilmente—. Iré a echar una ojeada —completó.
—¿Podrá caminar? —preguntó Bortuk a la chica, tras la salida del comandante.
—Hace tiempo que no me extraen.
—¿Que no le extraen?
—Que no me someten a extracciones de sangre, quiero decir. Pero sí, creo que podré caminar...
Bortuk y Lonk la ayudaron a incorporarse. Era una magnífica muchacha de casi un metro setenta de estatura y largos cabellos rubios, pero su cara tenía una extrema palidez y sus ropas eran jirones de su antiguo uniforme de las FTI. La impresión general que producía, con su flaco cuerpo y sus vacilantes pasos, era de una gran

debilidad.

—¿Está usted enferma? —quiso saber Bortuk.

Ella esbozó una sonrisa.

—No, no —replicó—. Mi estado se debe a las extracciones... Estuve a punto de morir, pero ahora me he recuperado.

Bortuk y Trilio y Lonk sintieron que en sus espíritus renacía el odio hacia esos dráculas del espacio, que habían desangrado fríamente a Alon, que habían matado seguramente a decenas de terrestres y que estuvieran a punto de matar a esa pobre chica.

—¿Para qué quieren nuestra sangre? —preguntó el teniente.

La chica abrió la boca para contestar, pero la violenta irrupción de Deni se lo impidió.

—¡Hay una salida! —anunció, agregando de inmediato—: Pero he visto al otro ayudante salir de nuestra celda. Seguramente ha ido en busca de refuerzos. No hay un segundo que perder...

Alda sostenida por Bortuk y Lonk, Trilio a retaguardia y Deni encabezando la marcha, el grupo abandonó la que había sido cárcel de la infortunada muchacha por casi un año.

Cuando alcanzaron el pasadizo un confuso sonido llegó hasta ellos. Los hombres se miraron entre sí, desconcertados y Alda se apresuró a informarles.

—Son ellos que vienen —dijo—. Seguramente están bajando por el ascensor. Cuando están muy excitados emiten esos sonidos...

Sin contestar, Deni señaló una pequeña abertura, en la pared que cerraba el pasadizo. Todos se apresuraron a atravesarla. El último en hacerlo fue el mismo comandante, cuando lo estaba haciendo, pudo ver a uno de los nativos apareciendo en la boca del pasadizo. Cerró tras de sí el trozo de roca giratorio que hacía las veces de puerta, pero no con la suficiente rapidez como para estar seguro de no haber sido visto.

Se encontraban en una caverna mucho más pequeña que el pasadizo anterior, en la que no podían erguirse totalmente y cuya anchura no superaba los dos metros. Una vez cerrada la puerta, la oscuridad en ella era total.

Deni, pasando junto a los otros, se colocó en cabeza.

—No sabemos adónde nos conducirá esto —dijo—, pero no tenemos más alternativa que seguir adelante...

Y muy de prisa, porque en segundos nuestros enemigos estarán

en la caverna.

Muy juntos, y Lonk llevando tomada de la mano a Alda, comenzaron el avance hacia la oscuridad y lo desconocido. Pero a Deni le alentaba lo que la chica dijera acerca de nativos que se habían internado en la caverna. Si es que lo habían hecho...

—¿Qué armas tienen nuestros enemigos? —preguntó Deni a Alda, sin dejar de avanzar a buen paso por un suelo que ascendía ostensiblemente.

—Ellos apenas poseían armas y muy rudimentarias, pero ahora... tienen las nuestras.

—¿Saben manejarlas?

—Son muy poco inteligentes, pero hasta ellos saben apretar un gatillo...

—¿Son muchos?

—No lo sé. Imagino que algunos miles...

«Más que suficientes para acabar con nosotros», pensó el comandante, pero se cuidó muy bien de decirlo.

En realidad, no pudo decir ni eso ni nada, porque golpeó con toda la violencia de la marcha que llevaba contra un inesperado obstáculo.

Se estaba reponiendo de la momentánea obnubilación, cuando Trilio susurró: «Ya vienen». Y esto sirvió para la inmediata recuperación del comandante.

—Tiene que haber alguna salida por aquí... —murmuró, palpando desesperadamente la pared de roca que se le oponía.

El rumor de los cautelosos pasos de los que habían invadido la caverna se oía cada vez con mayor fuerza. Lonk empuñaba su tenedor porque, aunque ridícula, era la única arma de que disponían.

La búsqueda de una salida por parte de Deni se revelaba infructuosa, sus manos seguían palpando en la oscuridad, pero cada vez con menor esperanza. Los enemigos no podían estar a más de seis o siete metros de ellos, pese a lo lento de su avance. La desesperación comenzaba a hacer presa de los humanos. Haber recorrido el espacio y vencido en diez galaxias, para venir a morir en las tinieblas de una estúpida caverna...

—¡El techo! Hay algo... —era Trilio. Su estatura excedía en mucho la altura de la caverna y su cabeza había golpeado con un

saliente en el techo.

Ante la ansiedad de todos, se apoderó de ella e intentó moverla en todas direcciones. Al hacer presión hacia arriba, una puerta trampa se abrió en el techo y una débil claridad mostró las tensas caras del grupo.

—¡Arriba! —ordenó Deni.

Trilio fue el primero en izarse. Para su metro y noventa y dos centímetros fue juego de niños el hacerlo. Desde arriba, ayudó a Bortuk, quien a su vez recibió a Alda, izada por Deni.

Cuando éste iba a ordenar a Lonk que subiera, el primer enemigo dio de manos a boca con el muchacho. Pero éste estaba preparado. El tenedor penetró con tremenda violencia en el lugar donde debería estar el corazón y el nativo cayó a los pies de su agresor sin poder esbozar ningún gesto de resistencia.

—¡Arriba! —volvió a ordenar Deni y Lonk no se hizo repetir la orden.

El ser que seguía al herido tropezó con él y cayó. Antes de subir él mismo, el comandante le propinó un puntapié en el tórax, que podía servir para inutilizarlo durante los segundos que necesitaba para escapar.

Y así fue. Ayudado por los otros, Deni pudo izarse sin inconvenientes. La puerta trampa fue de inmediato cerrada y los cinco permanecieron sobre ella, para que sus pesos impidieran al enemigo abrirla.

Deni paseó su mirada por el lugar en el que se encontraban. A diferencia de la caverna, aquí había algo de luz. Y no era una estrecha caverna, sino un gran recinto bien construido, y con grandes maquinarias en su parte central.

—Una especie de generadores eléctricos —informó Trilio, que había seguido la dirección de la mirada de su jefe.

—Por lo visto, están bastante automatizados —comentó Deni, ante la total ausencia de operarios.

—Sí, parece un sistema... —comenzó a explicar Trilio, pero se interrumpió abruptamente, mientras miraba al frente, hacia una gran arcada situada a unos diez metros.

Todos miraron en la misma dirección, para descubrir a una decena de nativos, armados con pistolas láser terrestres, que se preparaban a exterminarlos.

CAPITULO IX

LUCHA DESESPERADA

—¡A cubierto! —gritó Deni, señalando los generadores, que se interponían entre ellos y los atacantes, aunque dejando un amplio paso entre ellos, por el que los nativos se disponían a avanzar.

Todos corrieron a protegerse tras las grandes máquinas. Deni se hizo cargo de Alda, cuyo cuerpo temblaba.

—No tengo miedo —murmuró la chica, cuando estuvieron a cubierto—. Es que he sufrido tanto...

Deni oprimió su hombro, trasmitiéndole todo el afecto que sentía por esa pobre criatura humana que tan dura prueba había pasado... y seguía pasando.

Pero el problema no era el de afecto, sino de armas. Los ojos de Deni se revolvían en desesperada búsqueda de algo, cualquier cosa, con la que poder defenderse. «Aunque sólo sea una defensa *simbólica*», se dijo con amargura, porque poco podrían hacer los sucedáneos de armas que pudieran encontrar —si es que los encontraban— contra los rayos láser de las pistolas terrestres que los extraterrestres empuñaban.

Por detrás de uno de los generadores, Deni vio aparecer a Bortuk, empuñando una especie de llave inglesa. No se enfrentaría con ese arma a los láser...

No. Esperaba poder golpear a algún enemigo. «Si tiene éxito, podrá apoderarse de su pistola», pensó Deni y su excitación subió varios puntos.

También Trilio había conseguido una arma. Sólo un modesto martillo, pero era algo. Deni maldijo su suerte: en el escondite que ocupaba junto a Alda nada había que pudiera empuñarse.

Los nativos avanzaban con gran cautela por la calle central. «Son unos malditos cobardes. Están poderosamente armados y nos temen», pensaba Deni furioso.

Pero su furia se debía más a no poder hacer nada, que a la presunta cobardía de los enemigos.

Uno de ellos avanzaba pegado a uno de los generadores. Si seguía ese camino, sería presa obligada de Bortuk. Pero ese nativo

tenía su índice apoyado en el gatillo de la pistola y Deni sabía muy bien lo sensibles que eran esas armas...

El nativo estaba ahora a dos metros del teniente. A un metro y medio... a un metro... Bortuk alzó la llave inglesa sobre su cabeza, empuñándola con las dos manos para dar más fuerza al golpe.

Cincuenta centímetros... «Déjalo pasar... No te apresures a atacar...», musitaba Deni con voz casi audible.

El nativo pasaba exactamente junto a él, cuando Bortuk descargó su terrible golpe. El ser cayó como un saco de patatas.

«¡Bien!», exclamó Deni, pero se había adelantado a aplaudir.

Para apoderarse de la caída pistola, Bortuk tuvo que abandonar su protección por una fracción de segundo y ese tan corto lapso de tiempo fue suficiente para que otro de los nativos descargara sobre él su pistola.

Poseído de una ciega furia, Deni vio desintegrarse ante sus ojos el cuerpo de su segundo, mientras Alda exhalaba un gemido y caía desvanecida a sus pies.

Instintivamente, Deni miró el caído cuerpo de la chica, pero su mente estaba en otra parte: La pistola.

Y no perdió una fracción de segundo esta vez, así como no había pasado más de otra fracción desde la descarga. Dando un salto de tres metros, cayó sobre el arma, empujándola con su cuerpo y arrastrándose él mismo hacia la protección del generador.

Tuvo suerte. La increíble rapidez con que había realizado la acción resultó excesiva para las lentas mentes de los nativos, que dispararon sus pistolas cuando Deni ya estaba a cubierto.

Y ahora tenía una pistola láser en sus manos... y la muerte de tres compañeros para vengar.

Uno de los enemigos se expuso estúpidamente a su fuego, cuando él no había tendido todavía tiempo de buscar blancos. Apretó brevemente el gatillo y acabó con él.

Entonces si, tomó posición adecuada y comen/ó a disparar. La tarea fue fácil. Los enemigos —siete u ocho— avanzaban por la calle central sin buscar protección. Parecía como que aún no habían caído en cuenta que los terrestres disponían de un arma terrible.

De *dos* armas terribles, porque Trilio se había apresurado a hacerse con la pistola del nativo que Dani ultimara.

La batalla no llegó a durar dos minutos. Al cabo de ellos, no

había enemigos en el recinto. Nueve nativos habían sido desintegrados, más un décimo que asomó la cabeza por la puerta trampa que los humanos utilizaran antes. Sus compañeros no osaron seguirle.

No había enemigos a la vista y todos disponían ahora de pistolas láser, lo que animaba sus esperanzas de salir con vida de esa trampa.

Hubiera sido casi como para estar alegres… de haber estado Bortuk con ellos.

Deni corrió junto a Alda. La chica, todavía caída en el suelo comenzaba a dar señales de vida. El comandante, inclinado sobre ella, la ayudó a sentarse.

—Tenemos que irnos de aquí, Alda —le dijo suavemente.

Ella asintió con la cabeza. Deni hizo una seña a Trilio y Lonk, que levantaron suavemente a la chica y la sostuvieron en pie.

—Vamos —ordenó el jefe, encabezando la marcha.

Se encaminó hacia la arcada por la que aparecieran los atacantes. Sabía que era ir a meterse en la boca del lobo, pero no tenía miedo a esos seres primitivos, ahora que todos estaban armados. También Alda, porque Deni había puesto una pistola en su mano.

—Son cobardes —estaba diciendo la chica—. Nos temían…

Un largo y bien iluminado corredor se abría ante ellos. No había enemigos a la vista. Alda, ya totalmente recuperada, marchaba al mismo paso que los otros.

—¿Por qué vinieron a este planetoide ustedes? —preguntó Deni.

—Un fallo en los reactores nos obligó a descender —los tres hombres recordaron la brusca aceleración, anunciadora de la inminente caída, que vieran en el video.

Había sido un accidente, después de todo.

—La caída fue muy violenta —siguió la chica—, pero los controles de emergencia funcionaron bien y pudimos posarnos suavemente en el planetoide…

Deni tenía muchas preguntas para hacer, pero no quería hurgar en las heridas de Alda, sin embargo, fue ella misma la que habló.

—Los nativos nunca habían visto seres humanos…

—Pero en la Tierra este planetoide se consideraba deshabitado.

—Por lo que he podido entender, lo estaba hasta hace pocos años. Los que ahora lo habitan llegaron aquí huyendo de sus enemigos…

Deni, con un gesto, interrumpió a la chica. Habían llegado al final del corredor y se encontraban ante una puerta metálica, cerrada. El comandante hizo poner a todos a cubierto y probó los mandos de la puerta, que cedieron a sus esfuerzos. Terminó de abrirla con un puntapié y se echó al suelo, apuntando su pistola al frente.

No ocurrió nada. Arrastrándose, y haciendo señas a los otros que le siguieran de igual forma, comenzó a avanzar. El recinto al que entraba era muy grande y parecía destinarse a almacén, porque especies de pequeños contenedores ocupaban gran parte del espacio libre. Aparentemente no había otros seres vivos que ellos, pero Deni no se confió.

Muy pronto los hechos dieron la razón a su desconfianza. Un resplandor azulado surgió tras un contenedor y el riguroso entrenamiento de los hombres les hizo girar varias veces sobre sí mismos, empujando Trilio y Lonk a Alda con e|los. La rapidez de sus reflejos les salvó la vida, porque el lugar que acababan de abandonar fue barrido por los láser.

La situación era comprometida, ya que el enemigo era invisible y no podían saber contra cuántos tenían que enfrentarse, pero ahora los cuatro estaban protegidos tras estibas de contenedores. Los nativos seguían disparando adonde ellos estuvieran antes, dando con ello una buena prueba de su estupidez.

Consciente de la superioridad mental de los humanos en relación con los nativos, Deni se decidió a atacar sin demora. Siguiendo un impulso, y tras hacer un gesto de detención a los suyos, comenzó a trepar por la pila de contenedores, lo que no resultaba difícil. La estiba tenía unos tres metros de altura y por su parte superior se arrastró cuidadosamente el comandante, en busca de los enemigos.

Pronto descubrió a dos, pero no les disparó porque quería tener una visión más exacta de su número.

Dos más... Y tres más lejos. Calculó que no debían ser más de diez o doce. De ser así, las cosas se presentaban bien para los humanos. Eran mucho mejores tiradores y su privilegiada posición era una garantía de éxito. Decidió que el momento de iniciar el ataque había llegado.

Lanzó una ráfaga a los tres más alejados y desintegró a dos, en tanto el tercero logró ocultarse a tiempo. Todos comenzaron a

dispararle, aún sin verle, pero estaba bien a cubierto y las ráfagas no podían alcanzarle.

El sí acabó con otros dos. Se disponía a disparar sobre otra pareja que ofrecía un buen blanco, cuando tuvo la fugaz visión de una pistola apuntándole desde una estiba situada al fondo del almacén, a unos cinco metros de donde él se hallaba. Y ya era tarde para disparar primero.

No había elección posible. Sin pensar en las consecuencias —todo era preferible a una descarga de láser— rodó sobre sí mismo y se dejó caer al suelo, tres metros por debajo de él.

Antes de que la oscuridad se cerrara sobre su mente, cuando el dolor parecía hacerle estallar en mil pedazos, tuvo una sensación más fuerte que las otras. La sensación de haber fracasado y de que sus compañeros muertos y Alda no se merecían eso.

* * *

Al abrir los ojos, lo primero que vio fue la preocupada cara de Alda a pocos centímetros de la suya. «¿Quién es…?», comenzó a preguntarse, pero de inmediato volvieron los recuerdos.

—¿Los… nativos? —articuló.

—Todos muertos —sonrió Alda.

Tras ella vio a Trilio y temió lo peor con respecto a Lonk.

—¿Lonk…?

—Patrulla el perímetro —bromeó.

Deni sentía todo su cuerpo dolorido. Intentó incorporarse, pero el dolor le venció, obligándole a dejarse caer. Alda se apresuró a sostenerle la cabeza.

—No se mueva —rogó.

Pero Trilio fue más concluyente:

—Le he hecho una completa revisión cuando «dormía», jefe. No tiene nada roto —hizo una pausa y agregó, como excusándose—: Al menos, nada *visible*…

Deni sonrió, mientras se palpaba el cuerpo. Decidió que Trilio estaba en lo cierto. Le dolía todo el cuerpo, pero ninguna de sus partes tanto como para denunciar una fractura. Respiraba libremente, lo que descartaba la existencia de problemas torácicos. Y podía mover las piernas, aunque muy suavemente. La cabeza no

había golpeado contra el suelo.

Bien, la caída había sido un contratiempo y la huida se le iba hacer mucho más difícil, pero estaba vivo. Y eso era lo principal.

Aún no había fracasado, como temiera al desvanecerse.

—¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente? —quiso saber.

—Unos cinco minutos —le informó Alda.

—Tiempo más que suficiente para que todos esos energúmenos se nos echen encima...

—Ya lo han hecho.

Deni miró a la chica sin comprender el sentido de sus palabras.

—¿Es una broma?

—No. Estamos rodeados.

Buscó a Trilio con la vista, para descubrir que había desaparecido.

—Trilio protege la puerta posterior —respondió Alda a la pregunta no formulada.

Deni se incorporó. Primero sentado y después, pese a la resistencia de Alda, pero con su ayuda, pudo ponerse de pie.

—¿Dónde está Lonk?

La chica señaló una pila de contenedores, próxima a la puerta contraria a la que habían utilizado para entrar. La puerta, grande, metálica y corrediza, estaba cerrada. Deni se encaminó al lugar que Alda le señalara, caminando muy lentamente y apoyándose en ella.

—Lonk consiguió cerrar la puerta —le informo Alda, agregando —: De no haberlo podido hacer, estaríamos todos muertos.

Cuando llegaban junto a Lonk, parapetado tras una pila de contenedores, comenzó a oírse un ruido sordo que Deni reconoció de inmediato.

—Están utilizando algún tipo de soplete para fundir la puerta —anunció a los otros.

Entonces reparó en el arma que empuñaba Lonk: era uno de los dos lanzalaser que les habían quitado. —Enhorabuena por el arma —sonrió, señalándola. —Uno de los que matamos la tenía.

—¿Hay muchos allí fuera?

—Aparentemente todos los habitantes de este asqueroso agujero...

Deni sacudió la cabeza, con aire preocupado. Después dijo:

—Mantenga la posición, iré a ver a Trilio.

Apoyándose siempre en Alda, volvió sobre sus pasos y atravesó todo el largo del almacén, unos veinte metros, hasta la parte posterior, vigilada por Trilio. Esa puerta seguía abierta, como ellos la habían dejado al entrar. El corredor se veía vacío.

—¿No hay enemigos por este sector? —preguntó el comandante.

Trilio movió la cabeza con gesto apesadumbrado, antes de contestar.

—Sí que los hay —dijo finalmente.

—¿Dónde se ocultan?

Trilio señaló al final del corredor.

—Avanzaron por el corredor —explicó—, pero pude rechazarlos. Se han replegado y desaparecieron de mi vista, pero imagino que estarán concentrados en la sala de generadores.

—¿Cuántos son?

—He visto unos diez o quince.

Deni señaló el corredor.

—Saldremos por allí —informó.

—¿Por los generadores y las cavernas? —se inquietó Trilio.

—No hay otro remedio. Por el otro lado hay centenares de enemigos, según me informó Lonk.

Trilio sacudió la cabeza.

—No será fácil —dijo.

—Pero tenemos que salir de aquí. Lamento que para ello tengamos que seguir el camino más largo. Avise a Lonk que nos vamos.

Deni y Trilio en cabeza, Lonk protegiendo la retaguardia y Alda en el medio, el grupo recorrió sin incidentes el largo corredor, mientras el soplete daba cuenta de la puerta que Lonk había conseguido cerrar. Pero cuando eso ocurrió, ellos ya tomaban posiciones para el asalto a la sala de generadores.

—Atacaremos por sorpresa y sin darles tiempo a reaccionar —ordenó Deni, agregando—: No olvidemos que son cobardes e ineptos.

Pidió a Lonk el lanzalaser, que cambió por su pistola. Preparó el poderoso lanzalaser y, a la cabeza de los suyos y disparando a mansalva, irrumpió en la sala.

Tal como Trilio calculara, unos quince nativos se encontraban en ella, evidentemente a la espera de órdenes de ataque, pero sin haber

establecido una eficiente vigilancia que habría impedido la sorpresa.

Sin la más mínima resistencia, Deni pudo barrerlos a todos con un par de ráfagas.

—El camino a las profundidades está expedito para nosotros —anunció el comandante a los otros, que se agrupaban junto a él.

Pero se oían ruidos de pasos furtivos en el corredor.

—Es mejor que despeje la retaguardia —dijo el jefe, sonriendo.

Parapetado tras el dintel de la sala, disparó un par de ráfagas a los nativos que avanzaban pegados a las paredes del corredor, pero sin protección posible. Seis

o siete fueron alcanzados y el resto se retiró en desbandada hacia el refugio seguro del almacén. Deni sabía que volverían en incontenible oleada, pero confiaba en que, cuando lo hicieran, ellos estarían fuera de su alcance.

Abrieron la puerta trampa y saltaron a la oscura caverna, tratando de asegurar lo mejor posible la trampa para retrasar la persecución.

La oscuridad seguía siendo total, pero ellos ya sabían que el camino estaba libre de obstáculos y lo recorrieron casi a la carrera, pese a la incomodidad de tener que avanzar agachados. En un momento, llegaron a la roca giratoria que, la abrieron y salieron a la caverna a la que se abría la que había sido cárcel de

Alda y a la que la chica lanzó una rápida mirada al pasar frente a ella. Casi un año de vida y un siglo de sufrimientos había pasado en ese siniestro lugar.

Por fin, se enfrentaron al ascensor, cuya caja seguía allí, como esperándoles. Con un suspiro de alivio, los cuatro penetraron en ella y Deni comenzó a accionar los mandos.

Pero muy pronto descubrió que sus maniobras eran inútiles.

El ascensor no funcionaba.

CAPITULO X

LA MUERTE AL ACECHO

—¿No habrá otra forma de salir? —interrogó Deni a ía chica, con un matiz de desesperada urgencia en la voz.

—No... Al menos, que yo sepa.

Un rumor confuso pero creciente comenzó a dejarse oír. Los nativos entraban en la caverna.

—Hemos caído en una trampa —murmuró el comandante, como para sí; después, en tono más alto—: Con nuestras armas podremos contenerlos durante un tiempo... pero el final será... —se interrumpió, mirando la caja del ascensor— Trilio —llamó—, ¿te animas a trepar por una soga?

El otro sonrió.

—Dados mis antecedentes —dijo—, esperaba que me lo propusiera...

Como bien sabía Deni, el muchacho era un campeón en todo lo que significara deporte o esfuerzo físico. Sin esperar más, penetró en la caja del ascensor y comenzó a examinar el techo.

—No hay problema con el techo —informó de inmediato, mientras le propinaba un tremendo puñetazo.

El material no debía ser muy sólido porque, aunque Trilio se acarició su mano repetidas veces, el techo se rompió con el golpe. Agrandar la abertura no le llevó más que segundos.

Pero esto no lo vio Deni, ya apostado en la confluencia de la caverna con el corredor, a la espera de enemigos.

Felizmente para Trilio, la altura de la caja del ascensor estaba en consonancia con la de los nativos, por lo que le fue muy fácil acceder a su parte superior y comenzar a izarse por los cables.

El primer enemigo asomó su inexpresiva cara por la abertura de la roca, saliendo de la estrecha caverna que comunicaba con la sala de generadores. Deni, que protegido por la pared no podía ser descubierto, aguardó.

Con grandes precauciones y, según le pareció al espectador, también con gran temor, los nativos comenzaron a aparecer en gran número, aguardando los primeros a sus compañeros, antes de

proseguir el avance.

Ya se habían reunido diez o doce en la caverna y era tiempo de disparar. Cuando se disponía a hacerlo, por la mente de Deni pasó algo parecido a la compasión. No entraba en sus costumbres matar fríamente, sin que el enemigo tuviera apenas oportunidad de defenderse.

Pero de inmediato recordó a sus compañeros muertos. Recordó, en especial, la muerte de Alon. A él sí que le habían matado fríamente y sin darle ninguna oportunidad.

Descargó su lanzalaser sobre el grupo y la caverna quedó momentáneamente libre de enemigos.

Su posición —con tal arma en sus manos— era prácticamente inexpugnable, pero entonces se le ocurrió pensar cuánta carga quedaría en ella. Presionó los minúsculos botones de mando del miniordenador y la respuesta llegó inmediatamente, en forma de números en la pequeña pantalla iluminada: 2 — — 4. Esto significaba dos ráfagas largas o cuatro cortas.

No quedaba para mucho. Claro que estaban las pistolas de Trilio, Lonk y Alda, pero también ellas tendrían para poco...

Pasaron cuatro o cinco minutos sin que los nativos se atrevieran a aparecer por la abertura de la pared de roca. En su lugar, fue Trilio quien llegó y muy excitado.

—¡Creo que podremos salir de este agujero, capitán...

Deni lo miró, interrogante y esperanzado.

—A unos cuatro metros por encima del techo de la caja —informó el muchacho— hay un orificio practicable para nosotros. Me introduje por el unos metros y vi una escalera ascendente y luz en lo alto...

—¡Eso es casi un milagro! —se exaltó el otro, agregando—: ¡No perdamos ni un segundo, vamos allá!

Trilio le miró, con cierta reticencia.

—Hay un problema, capitán. La muchacha... no creo que pueda trepar por los cables...

Deni siguió caminando hacia el ascensor.

—Ya había previsto eso —dijo—. Subirá colgada de mi espalda.

Pero Trilio y Lonk, tras un brevísimo conciliábulo, decidieron otra cosa.

—Perdón, señor —dijo Trilio—. Usted ha sufrido un tremendo

golpe. Desearía ser yo quien llevara a la muchacha.

Sonriendo ante las decididas expresiones de sus subordinados, Deni dio su consentimiento. Se decidió que Trilio y Alda subieran los primeros, seguidos por el capitán y con Lonk cerrando la marcha, tras haber disparado alguna ráfaga a posibles perseguidores.

Pese a su notable estado físico, el ascenso fue durísimo para Trilio. El cable estaba libre de materias grasas lo que permitía aferrarse a él sin temor a resbalar, pero las manos despellejadas del muchacho estaban rojas de sangre cuando, por fin, pudo alcanzar su objetivo y depositar a Alda en lugar seguro.

También para Deni, con su cuerpo entumecido y lleno de dolores, fue empresa difícil, pero pudo llegar a su destino sin ayuda.

Para Lonk, los cuatro metros de ascenso fueron un juego de niños.

Ascendieron la interminable escalera, siempre guiados y animados por la luz que se distinguía en lo alto. A trechos como de cuatro o cinco metros se veían orificios laterales similares al que les había servido para acceder a la escalera, por lo que supusieron que todo el entramado se trataría de alguna burda salida de emergencia, en caso de desperfectos del ascensor o de cualquier otra causa.

Tras ascender 644 escalones, cuidadosamente contados por Lonk, llegaron a la luz y al exterior.

Ver la rara vegetación y el inhóspito paisaje del planeta fue, sin embargo, motivo de alegría para Deni, Trilio y Lonk, y de incontenible emoción para Alda, que había permanecido durante casi un año en las profundidades.

Estaban en lo alto de una de las tantas colinas y Deni dio orden de sentarse en el suelo y descansar durante unos minutos, ya que todos estaban exhaustos, en especial la muchacha y él mismo.

No se veían seres vivos ni construcciones. Tampoco la plataforma, aunque Deni suponía y esperaba que no estuviera lejos.

—¿Es que los nativos no salen nunca a la superficie? —preguntó a Alda.

—No se atreven a enfrentarse con los monstruos animales y vegetales que pueblan el planeta.

Deni recordó las experiencias vividas con las hormigas gigantes y los arbustos asesinos.

—Es un planetoide —corrigió a la chica, continuando—: ¿Cómo

se explica que este lugar, supuestamente deshabitado, esté poblado por seres tan terribles?

—El planetoide estaba realmente deshabitado cuando llegaron estos seres. Fueron ellos los que trajeron esos monstruos.

Los tres la miraron atónitos.

—Pero eso... —comenzó Lonk—. Eso no se entiende...

—Cuando llegamos, después del descenso forzoso, estos seres nos trataron muy bien. Mi padre y su equipo comenzaron de inmediato a trabajar en el estudio de las condiciones de vida del lugar. Así pudieron determinar que se había producido una terrible mutación en microscópicos seres vivos que los emigrados traían adheridos a sus ropas y liberaban en sus funciones fisiológicas. Ellos no tienen defensa contra los..., llamémosles animales. Sus mordeduras y las toxinas que transmiten les matan instantáneamente. A raíz de eso ocurrió lo de la sangre.

La chica se interrumpió. «Lo de la sangre...» El tema de la sangre, que tanto intrigaba a los humanos, pero que Deni, por delicadeza, no había querido tocar.

—¿Qué ocurrió con la sangre?

Alda sacudió su cabeza, como para deshacer malos recuerdos y dijo:

—Por los experimentos de uno de los ayudantes de mi padre se descubrió, en forma totalmente casual, que la sangre humana es un antídoto perfecto para esas toxinas...

—Pero uno de mis hombres fue mordido por una especie de hormiga y murió...

—Sí, así es. La sangre humana sirve como antídoto, sólo mezclada con la sangre de los nativos, no por sí misma...

Los minutos pasaban, pero Deni quiso saber algo más.

—A usted la obligaron a hablar a las naves terrestres, ¿verdad?

Ella repitió lo que ya dijera:

—Me engañaron. Me hicieron creer que utilizarían la grabación para conseguir que naves terrestres descendieran y nos rescataran. Pero en cuanto la tuvieron en su poder, mataron a mi padre y a todos los que quedaban vivos, para hacerse con su sangre.

Había una última pregunta, pero Deni no quiso hacerla dando, en cambio, orden de marchar en busca de la plataforma, que sería su punto de referencia para encontrar la nave.

Pero a poco de iniciar el descenso, volvió a hablar Alda.

—Seguramente ustedes querrán saber por qué no me mataron también a mí...

No hubo respuesta y ella siguió hablando.

—He pensado mucho en ello durante todo este interminable tiempo de soledad y terror. Sólo encuentro dos motivos; uno, casi ridículo, el otro tal vez más probable... Que me mantuvieran viva para poder hacer una nueva grabación cuando se gastara la actual o para servirles de reserva sanguínea de emergencia. Me hicieron muchas extracciones...

—¡Allí está la plataforma! —gritó Lonk, que iba en cabeza, señalando un punto todavía invisible para los otros.

Deni consideró que había sido una interrupción oportuna. Ya estaba bien de destilar dolor para la pobre Alda.

A la vista de la plataforma, Deni reconoció brevísimamente el entorno y señaló con su índice en dirección

a la nave.

—¡Adelante, amigos! —animó—. Nos espera una larga caminata, pero nuestros peligros han terminado.

Todos comenzaron a marchar alegremente, sin saber que la muerte estaba en acecho.

* * *

Recorrieron los cinco kilómetros que les separaban de los «arbustos asesinos» sin inconvenientes. Ocho kilómetros les separaban todavía de la nave, pero eso no significaba más que un par de horas de marcha.

El sendero que Lonk abriera con su famoso cuchillo —después se haría famoso su tenedor— seguía estando allí y por él atravesaron la antes peligrosa zona.

—No debemos temer que los nativos nos persigan —comentó Alda—. No se atreven más que en contadas ocasiones a salir al exterior...

—¿Pero sus alimentos...? —objetó Deni.

—Los preparan en sus bien provistos laboratorios. Todas son sustancias sintéticas. Por otra parte, tienen pequeñas plantaciones de algunos vegetales imprescindibles en sus mismas cavernas.

El capitán miró de soslayo a Alda. Parecía más animada y su rostro había cobrado vivos colores, gracias a la caminata, pero ¿podría ser feliz algún día, con tantas tragedias a su espalda? Sintió que algo cálido surgía en su interior…

—¡Cuidado! —el grito de Trilio llegó demasiado tarde.

Una inmensa y gruesa serpiente se había enrollado al cuerpo de Lonk, que encabezaba la marcha. La gran boca del oficio, a centímetros de la cara del inmovilizado muchacho, pugnaba por morder.

—¡No…! —se horrorizó Alda.

Deni apuntó con su lanzalaser, pero no se atrevió a disparar. Mataría a la serpiente, pero no podría dejar de matar también a Lonk.

Entonces Trilio actuó de improviso. Dando un gran salto, asió el cuello de la serpiente con sus dos poderosas manos y apretó con todas sus fuerzas.

Deni contemplaba fascinado e impotente la escena, cuando un horrible grito de Alda le sacó de su abstracción.

—¡Allí! —bramaba la chica, señalando un lugar en el suelo muy próximo a ella.

Deni dirigió su vista en dirección señalada para descubrir horrorizado que dos serpientes tan grandes como la primera se disponían a hacer presa de la paralizada muchacha.

Ahora sí, tal vez sin medir con exactitud el riesgo, el comandante disparó casi sin apuntar.

Una de las serpientes quedó desintegrada, pero la otra no fue alcanzada y se dispuso a atacar. Una vez más la distancia que separaba el monstruo de la chica era demasiado pequeña para hacer uso del arma. Deni se lanzó sobre la serpiente empuñando el lanzalaser por el cañón.

Con la metálica y pesada empuñadura asestó un terrible golpe en la triangular y gran cabeza. El ofidio quedó momentáneamente atontado, pero reaccionó antes que Deni pudiera aprovechar la ventaja. Entonces éste no dudó. Arrojando lejos de sí el ahora inútil arma, se lanzó sobre la fiera y, a imitación de Trilio, oprimió con sus manos el gelatinoso cuello.

No tenía las fuerzas de Trilio, que ya había dado cuenta de su enemigo, pero él también pudo vencer en la terrible lucha, no sin

que la cola del oficio —que medía unos cuatro metros— se enroscara a sus piernas y le hiciera caer.

Los dos cayeron al suelo abrazados, pero la serpiente ya estaba muerta.

El peligro había pasado. Cuando Alda así lo comprendió, tuvo una reacción muy femenina y, a la vez, muy humana: comenzó a llorar y pronto todo su cuerpo fue presa de violentas contracciones. Deni dejó que se desahogara durante un par de minutos y después la sacudió, tomándola por los hombros, mientras decía, con voz de mando:

—¡Ya está bien! ¡Se acabó!

La chica le miró como si le viera por vez primera y comenzó a calmarse. El comandante le rodeó el talle con su brazo y reinició la marcha.

* * *

Para cubrir los ocho kilómetros restantes necesitaron más de tres horas, porque tanto Alda como Lonk, a consecuencia de casi mortal abrazo, no estaban en condiciones de realizar grandes esfuerzos. El mismo Deni acusaba las siempre presentes consecuencias de su terrible caída en los contenedores.

Por fin, cuando los cuatro presentaban claros signos de agotamiento, la ansiada visión de la nave se ofreció a sus ojos.

—¡Por fin! —exclamó Trilio, compendiando el sentir de todo el grupo.

Los últimos centenares de metros los recorrieron a buen paso y con un talante casi alegre.

El primer en llegar junto a la nave fue Deni y se volvió sorprendido hacia sus hombres.

—¿Es posible que haya quedado abierta la entrada principal? —preguntó.

Lonk y Trilio se miraron. Después habló éste.

—No. Yo fui el último en salir, tras intentar conectar con... —dirigió una confusa mirada a Alda— con la voz. Y recuerdo que cerré la portezuela.

—Quédese aquí —ordenó el capitán, y penetró en la nave con su arma preparada y seguido por sus hombres.

—Sólo un ser con cierto grado de inteligencia pudo haber abierto esa puerta —comentó Deni, con tono preocupado.

Sólo los nativos podían ser capaces de hacerlo, pensaba; pero Alda le había asegurado que nunca salían de sus cavernas, excepto para recibir a las tripulaciones que atraían a su invitadora plataforma.

El interior de la nave que comenzaban a inspeccionar no ofrecía señales de destrucción. En realidad, nadie parecía haber entrado en ella, tras la salida de sus tripulantes.

Pero Deni estaba decidido a revisar a fondo la nave. Comenzaron por la parte de comando, para seguir después con el resto de las dependencias. A Lonk le pareció que faltaban algunos trozos de carne congelada del frigorífico, pero no pudo asegurarlo. Y eso fue todo.

Dejando a sus hombres ocupados en acondicionar la nave para la inminente partida, Deni descendió para comunicar a Alda que el camino estaba expedito.

Pero no pudo hacerlo. Porque la muchacha había desaparecido.

Primero sorprendido y de inmediato inquieto, el comandante miró en torno, sin descubrir rastro de Alda.

Maldiciéndose por haberla dejado sin protección, rodeó la nave y entonces sí pudo verla.

Estaba a unos sesenta metros de distancia, y no estaba sola. Una horrible criatura, mezcla de gran simio y nativo del planetoide, la llevaba en sus brazos, tapándole la boca con una de sus manazas, para impedirle gritar.

El lanzalaser había quedado a bordo, Deni evaluó la posibilidad de ir a buscarlo, pero no se atrevió a hacerlo. Aunque no corría, el simio, o lo que fuera, avanzaba a buen paso. En cualquier momento podría desaparecer en algún escondite o madriguera. No podía correr ese terrible riesgo. Gritando los nombres de sus subordinados, con la esperanza de ser oído y ponerlos sobre alerta, echó a correr a toda velocidad que sus cansadas piernas podían alcanzar, en dirección a la chica y sus monstruoso raptor.

Pese a la disminución de su potencia física, fue ganando terreno. Un par de minutos más tarde, estaba a unos treinta metros de ellos y fue entonces cuando el simio descubrió que era seguido. Forzó su marcha, pero el peso de Alda o su propia constitución no le

permitían correr con la velocidad necesaria para aumentar la distancia. Por lo contrario, Deni siguió acercándose, hasta ponerse a cinco o seis metros de su objetivo.

Al comprender que sería alcanzado, el simio cambió de táctica. Sin miramientos se deshizo de Alda, que cayó al suelo pesadamente, y se dispuso a enfrentarse con su nuevo enemigo, balanceando sus gruesas piernas y flexionando sus velludos brazos, como lo haría un experimentado luchador terrestre.

Deni calculó que sacaría no menos de veinte centímetros de altura a su rival, lo que era una ventaja; pero, en compensación, el simio era más grueso que él,

y, en conjunto, daba una impresión de mayor robustez.

Sin tiempo para imaginar sutiles estrategias, Deni se lanzó a las piernas del monstruo, con el objeto de hacerle perder el equilibrio, pero éste adivinó la jugada y aplicó un feroz puntapié al humano en pleno tórax. Temiendo que sus pulmones estallaran, el comandante fue a caer a varios metros de distancia.

Luchando por controlar su respiración y salir de la obnubilación que el golpe le produjera, Deni vio que su enemigo no estaba dispuesto a desaprovechar su ventaja. Con un tremendo resoplido, se lanzó sobre él, intentando asfixiarle con sus manazas.

Esta vez fue Deni el que no se dejó sorprender. Con sus dos manos protegiendo su garganta, pudo rechazar el intento de asfixiarle e, incluso, colocar un fuerte rodillazo en la ingle de su enemigo. Este acusó el golpe y, aunque muy entero, descuidó durante una fracción de segundo su guardia.

Un lapso de tiempo mínimo, pero suficiente para los eléctricos reflejos de Deni. Conectó un furioso uppercut en la mandíbula del simio. No consiguió dejarlo fuera de combate, pero sí lo suficientemente atontado como para encajarle otro rodillazo, éste más violento que el primero, en la ingle. Cuando el animal o nativo se revolvía de dolor, el humano le dio con el canto de su mano en la nuca, donde calculó que estaría el bulbo raquídeo, y el ser cayó en redondo, totalmente inmovilizado y, tal vez, muerto.

Deni no se detuvo a averiguarlo. Jadeando por el esfuerzo, se puso de pie y corrió hacia Alda, que miraba a su frente con expresión ausente.

Tampoco se preocupó por volverla en sí. La tomó en sus brazos y

corrió hasta la nave.

—¡Vámonos en seguida de este basurero! —gritó a sus subordinados, que nada hablan oído de sus gritos.

CAPITULO XI

LA VOZ VUELVE A LLAMAR

Tres minutos más tarde, la nave dejaba el suelo del p-543, iniciando su largo viaje hacia la Tierra. Deni controló personalmente las primeras maniobras y después, tras conectar los mandos que garantizaban una conducción automática y perfecta, se encaminó al compartimento en una de cuyas literas había sido depositada Alda.

Lonk estaba junto a ella.

—Le he introducido en la boca cinco gotas de Revital —informó. Deni asintió con la cabeza y se colocó junto a la yacente. El otro se retiró.

Pasaron diez minutos, en los cuales el capitán fue comprobando el lento pero progresivo restablecimiento del pulso y el ritmo cardíaco de la muchacha; por fin, ésta abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —fue su primera e inevitable pregunta.

Deni sonrió.

—En nuestra nave. Vamos camino a casa.

Con el retorno de los recuerdos, un gesto de amargura apareció en el hermoso rostro.

—Yo... no tengo casa.

Deni le tomó una mano y se la oprimió con fuerza, pero ella no reaccionó a la caricia.

—Mi destino ha sido —prosiguió— ver morir a los míos y atraer a la muerte a mis congéneres...

La mano de Deni oprimió con más fuerza.

—Has atraído a la muerte contra tu voluntad y sin que fuera tu culpa... ahora puedes, si así lo deseas, atraer a alguien a la vida...

Ella le miró sorprendida. En su rostro apareció el atisbo de una femenina sonrisa.

—¿Quién sería tan tonto como para dejarse atraer por mí? —preguntó.

—¿A qué no lo adivinas? —rió Deni, mientras pegaba sus labios a los de ella.

F I N